

Comedias



URORA REDONDO

Caricatura de TOVAR

EMILIO GOMEZ DE MIGUEL Y BAERLAM

Miguel Strogoff o el correo del Zar

50 CENTIMOS

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26

MADRID

Apartado 8.036

Una obra de Palacio Valdés

Mi Lectura Favorita inaugura su serie de publicaciones con un tomo debido a la pluma maestra del patriarca de las letras españolas D. Armando Palacio Valdés, y que lleva por título **El gobierno de las mujeres**. El prestigio literario de este insigne novelista nos releva de todo elogio. Compre usted **El gobierno de las mujeres** en elegante tomo de nutrida lectura al precio de **una peseta**.

Hollywood o La Ciudad del Cine

La novela más sensacional que se ha escrito acerca del *film*. Los tipos y figuras más sorprendentes de la pantalla desfilan por esta novela de costumbres cinematográficas. Es la obra del amor, del misterio y de la tragedia entre las grandes heroínas del arte mudo. Hollywood, la maravillosa ciudad, surge a los ojos del lector con la poderosa fuerza sugestiva de una evocación. Valentín Mandelstamm es el autor de esta magnífica y curiosísima novela, una de las grandes creaciones más recientes.

Lea usted el **Hollywood**, 2.º tomo de **Mi Lectura Favorita** que le ofrece a una peseta la EDITORIAL SIGLO XX.

Rodríguez S. Pedro, 26.—Apartado 8.036.—MADRID

EMILIO GOMEZ DE MIGUEL Y BAERLAM

MIGUEL STROGOFF

O

EL CORREO DEL ZAR

ESCENIFICACIÓN, DE GRAN ESPECTÁCULO, DE LA CÉLEBRE NOVELA DE
JULIO VERNE, EN CUATRO JORNADAS, DISTRIBUÍDAS EN CATORCE
CUADROS.

ILUSTRACIONES MUSICALES DE LOS MAESTROS

CONRADO DEL CAMPO y ROSILLO

R E P A R T O

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|---------------------------------|--------------------|
| MIGUEL STROGOFF | Sr. Rambal. |
| NADIA FEDOR | Sra. Cortina. |
| SANGARRA | » Viñas. |
| MARFA STROGOFF | » Emo. |
| CONDESA DEL BAIKAL | » Torres. |
| LA ZARINA | Srta. Perucho. |
| DUQUESA KARLOVICHT | » Cruzado. |
| PRINCESA DE WELKIR | » Vera. |
| JUANA | » Moreno. |
| BASILIA | Sra. Pérez |
| ENFERMERA 1. ^a | Srta. Velasco (A.) |
| IDEM 2. ^a | » Velasco (F.) |
| UNA JOVENCITA | » Velasco (J.) |

| | | |
|---|-----|---------------|
| EL ZAR ALEJANDRO II | Sr. | Gómez-Ferrer. |
| IVAN OGAREFF | » | Merlo. |
| MR. HARRY BLOUNT | » | Echaide. |
| ALCIDES JOLIVET | » | Muñiz. |
| GENERAL KISSOFF | » | Cobeña. |
| CHAMBELAN | » | Pineda. |
| GENERAL DIMITRIEW | » | Pizá. |
| MARISCAL FLORIAN | » | Ramos. |
| OFICIAL DE ORDENES | » | Pineda. |
| KHIVA | » | Illescas. |
| NICOLAS KORPANOFF | » | Rambal. |
| SOLDADO 1.º de la guardia..... | » | Caro. |
| IDEM 2.º ídem | » | Alvarez. |
| MAESTRO DE POSTAS | » | Cobeña. |
| CIRILO, mozo del parador. | » | Ramos. |
| DEMETRIO | » | Pizá. |
| MANGU | » | Illescas. |
| KUYUK | » | Pizá. |
| YESENTKÉ | » | Ramos. |
| PATRON DE «LA ZARINA» | » | Pineda. |
| ANCIANO SIBERIANO | » | Cobeña. |
| BASILIO | » | Pizá. |
| UN TARTARO | » | Pineda. |
| VOLST | » | Pizá. |
| FEOFAR KHAN, Emir de Tartaria. | » | Gómez-Ferrer. |
| EL GRAN DUQUE | » | Ramos. |
| INSPECTOR DE LA POLICIA DE IRKUSTK | » | Pineda. |
| WASILI FEDOR | » | Pizá. |
| GENERAL WERANZOFF | » | Pineda. |

Princesas. Grandes Duquesas. Oficiales. Soldados. Mujiks. Granaderos del Emperador. Guerreros tártaros. Mujeres de los harenes del Emir. Esclavos. Prisioneros. Bailarinas tártaras. Zíngaros de Europa y de Asia.

Tiple, Isabel de Miguel.—Primera bailarina, miss Amille Milane (norteamericana).—Otra primera bailarina, Srta. Villacastín.

JORNADA PRIMERA

CAMINO DEL DEBER

CUADRO PRIMERO

ANTE LA FIESTA

Un telón corto, formado por grandes puertas practicables y representando una antecámara del gran salón de fiestas en el palacio imperial de Moscú, de noche, durante la celebración de una de ellas, suntuosísima.

Al levantarse el telón de boca vense solamente en escena dos soldados de la guardia interior del Zar, a ambos lados de la gran puerta. Hasta el público llegan los ecos de la música del gran salón contiguo. Entra por la derecha un oficial, que se dirige a la guardia, con la que habla un instante en voz baja, y luego, al mutis por la izquierda, echándose a un lado, antes de llegar, para abrir paso a la CONDESA SOFÍA DEL BAIKAL y al GENERAL-KISSOFF, que entran por allí. Luego, el oficial saluda militarmente y hace mutis. El General y la Condesa avanzan lentamente hacia la derecha.

SOFIA. ¡Ja, ja, ja!

KISSOFF. ¿Se ríe usted, condesa?

SOFIA. Siempre me hicieron mucha gracia sus gracias, general.

KISSOFF. (*Que es hombre muy serio.*) ¿Mis gracias, señora?

SOFIA. Sí, excelente Kissoff. Pero ésta de ahora sobrepasa todos los límites: ¡un hijo del Gran Duque Iván enamorado de una bailarina! ¡Y de una bailarina tártara!

KISSOFF. Y para casarse, condesa.

SOFIA. ¿Lo sabe el Emperador?

KISSOFF. Lo ignoro; pero si el Zar lo sabe se lo calla.

SOFIA. No hace como usted, que lo va contando a todo el mundo.

KISSOFF. ¿Yo, condesa?

SOFIA. Ahí (*Izquierda.*), en la cámara del Zar, todo el mundo lo sabe menos el Zar, claro, y en el gran salón, adonde vamos ahora, apuesto a que no hay príncipe, músico ni chambelán que desconozca la historieta.

KISSOFF. ¿Y la supone usted referida por mí?

SOFIA. A toda Europa, general Kissoff. ¡Ja, ja, ja!

KISSOFF. (*Galantemente resignado.*) Bien está. Pero se equivoca, mi buena Condesa del Baikal: soy más general que cortesano.

SOFIA. Lo sé, general; fué todo una broma. Por algo es usted el brazo derecho de Alejandro II.

KISSOFF. ¡Condesa!...

SOFIA. Y a propósito: ¿por qué el Emperador ha permitido la entrada de esos bailarines tártaros en el Palacio Nuevo? Es algo inaudito.

KISSOFF. Usted sabe que el Zar es hombre bondadoso y amable. (*Despidiéndose.*) Y ahora, mi querida condesa...

SOFIA. ¿Cómo, general? ¿No me acompaña usted al Gran Salón?

KISSOFF. Con pena renuncio a ello, pero tengo que volver a la cámara del Zar.

SOFIA. Pues usted por ahí con el Zar, y yo al salón por este otro lado; y vayamos siempre por donde no detengan nuestro paso más que las sonrisas.

KISSOFF. Que las suyas detengan siempre el mío, condesa.

SOFIA. Gracias, general. (*Kissoff besa la mano a la Condesa y hacen mutis, cada cual por su lado. Al hacerlo Sofía, medio tropieza con Alcides Jolivet, por culpa de éste. Alcides es un periodista francés, de frac, hombre muy animado y parlanchín, que encarna la movilidad, la gracia, el sentimiento y el espíritu todo de la raza latina. Entra atolondradamente.*)

ALCIDES. Perdón, señora. ¿Cómo? Pero si es la Condesa del Baikal. ¡Condesa, condesa! (*Mira hacia la izquierda.*) Y aquél, el general Kissoff. ¡General, general!... ¡Condesa!... ¡General!... (*No sabe detrás de cuál ir, y se para.*) Bueno, pues ni el general ni la condesa. No parece que me han hecho mucho caso. ¡Y soy periodista! ¡Y periodista francés! ¿Eh? Pero, ¿dónde estoy? ¡Ah, sí! Esta es la puerta que da al gran salón de fiestas y que no se abre más que para el Zar. Si yo me atreviese... ¡Vaya si me atrevo! ¡Y le piso la información a ese estúpido de periodista inglés!... (*Yendo al foro.*) ¡Ah, del Palacio Nuevo! ¡Ah, de la puerta! ¡Ah, del...!

GUARDIA 1.º ¡Atrás!

ALCIDES. (*Sigue impertérrito.*) ¡Ah, del...!

GUARDIA 1.º (*Enérgico.*) ¡¡Atrás!!

ALCIDES. (*Transición cómica.*) ¡Ah, del... centinelita, caramba! ¡Vaya un genio, muchacho!... ¡Je, je! ¡Y tan guapo y tan elegante que estás con ese uniforme! Anda, déjame que lleve a la puerta y la entreabra un poco.

GUARDIA 1.º (*Imperturbable.*) ¡He dicho que atrás!

ALCIDES. Bien, hombre; está bien. (*Dirigiéndose al otro guardia.*) A ver si este otro es más amable. Oye, muchacho.

GUARDIA 2.º (*Con voz sumamente bronca.*) ¡¡¡Atrás!!!

ALCIDES. (*Asustado al grito.*) ¡Rediantre! Ladridos, no, ¿eh? ¡Vaya un vozarrón!... (*Volviendo a la carga, insinuante ahora.*) Y, sin embargo,..., ¿qué os costaría complacerme, vamos a ver? Me dejabais entreabrir la puerta, apuntar gestos y actitudes de invitados, dar detalles de la variedad de trajes, coger frases sueltas de príncipes y mariscales y hacer una información cien veces superior a la que pueda mandar ese idiota de periodista inglés que quiere competir conmigo. ¡Conmigo! Andad, muchachos, complacedme. ¿Eh? ¡Mi rival! ¡El maldito Harry Blount! (*Sale a su encuentro.*) ¡Oh! ¡Mi querido Harry Blount!... ¡Aquí estaba hablando con estos muchachos una conversación muy tirada, y poniéndole a usted por las nubes! (*Ha entrado Harry Blount, periodista inglés, antítesis de Alcides.*)

HARRY. Oh, míster Alcides. Buenas noches.

ALCIDES. ¿Viene usted de la fiesta? Qué fiesta, ¿eh? ¡Qué esplendor! ¡Qué lujo! ¡Qué variedad de disfraces! ¡Qué bailarines tártaros!

HARRY. Sí.

ALCIDES. Y, sobre todo, ¡qué bailarina! ¡Qué señora tártara, míster Harry!

HARRY. Sí.

ALCIDES. ¡Qué ojos, qué pelo, qué líneas, qué boca, qué todo!

HARRY. Sí.

ALCIDES. Es inmensa, divina, un ángel de los cielos.

HARRY. Sí.

ALCIDES. Pero, hombre, no sea usted pasmarote y diga algo más que sí.

HARRY. ¡Ah! ¿Usted querer que yo diga algo de ella?

ALCIDES. Sí, señor.

HARRY. Pues mí complacerle. ¡No faltaba menos! Yo haber hablado con esa bailarina.

ALCIDES. ¿Usted?

HARRY. Y ella haberme citado esta noche en una taberno, y así enterarme por ella de cosas de los tártaros, que no quieren a la Rusia.

ALCIDES. (*Dando un salto.*) ¿Eh? ¿Pero usted...? ¡Ah! ¿Pero es que usted...?

HARRY. (*Con risa suya, característica.*) ¡Je!

ALCIDES. ¿Es que de ese modo pretende enviar una información a su diario?...

HARRY. ¡Je, je!

ALCIDES. ¿Superior a la mía? ¡Ah, eso sí que no! ¡Eso sí que no! Supondría tener usted más astucia y más ingenio que yo. Y yo tengo en mi carnet verdaderos secretos de Estado. (*Harry cesa de reír.*) Y oídos de propios labios de mariscales y duquesas..., porque he sobornado a los centinelas y me han dejado entreabrir esa puerta grande.

HARRY. ¿Secretos de Estado? ¿Y sobornado dice?

ALCIDES. ¡Pchs!... Como mi periódico es rico...

HARRY. ¡Más rico ser el mío!...

ALCIDES. Pero el que da primero da dos veces. ¡Au revoir, míster Harry! (*Simula el mutis derecha, pero lo que hace es ocultarse de Harry para retirarse de él.*)

HARRY. (*Solo.*) ¡Sobornamento!... ¡Je, je!... ¿Ganarme a mí en sobornamenta? ¡Je, je! ¡Ni en ingenia, ni en astucio! Bien engañarle yo con la bailarina, y él, tonto y retonto, enseñarme el modo de enterarme secretos de Estado. ¡Je, je!... Soldados (*A los centinelas.*), yo no querer entreabrir la puerta como ese mentecato; yo conformarme con mirar por el ojo de la cerradura. (*Sube al foro.*)

SOLDADO 1.º ¡Atrás!

HARRY. No quede por dinero. ¡Una libra!

SOLDADO 1.º ¡Atrás!

HARRY. ¡Dos libras!... ¡Tres libras!... ¡Veinte libras!...

ALCIDES. ¡Por arrobas, por arrobas!...

HARRY. ¡Treinta libras!...

SOLDADO 1.º ¡Alto!

HARRY. ¿Qué ser alto? ¿Haber ya bastante con treinta libras?

SOLDADO 1.º Queda usted detenido por querer sobornar a la guardia.

HARRY. ¿Mí detener?

ALCIDES. ¡Ja, ja, ja, ja!

HARRY. ¿Mí detener? (*El Soldado 2.º le detiene.*) ¡Mí protestar! ¡Mí protestar!... ¡Mí ser periodista inglés!...

SOLDADO 1.º (*Llamando hacia la izquierda.*) ¡Capitán, capitán!... (*Oyese dentro la voz de un Chambelán, que se acerca.*)

CHAMBELAN. ¡Paso al Emperador!... (*Más próximo.*) ¡Paso al Emperador!...

SOLDADO 1.º (*A Harry.*) Eso le vale a usted; pero lo pondré en conocimiento del capitán. (*Entra el Chambelán, con dos Criados, que se disponen a abrir la gran puerta. Entra el Oficial anterior, que saluda muy afectuoso al periodista inglés, con lo que los Soldados no le denuncian ya. Se abren las puertas y apa-*

rece el gran salón lleno de damas, generales y caballeros de frac. Entran los guardias del palacio, y, por fin, el General Kissoff precediendo al Zar, Zarina y séquito.)

CUADRO SEGUNDO

EL GRAN SALON DEL ZAR

El gran salón de fiestas del Palacio Nuevo, en todo su esplendor.

Los invitados, que formaban grupos cuando se abrieron las puertas, vienen todos a primer término, al encuentro del Zar, quedando en actitud respetuosa. El Chambelán anuncia en la puerta.

CHAMBELAN. Nuestro muy amado padre el Zar, y la Zarina.

EL ZAR. (*Es sumamente bondadoso y dulce en el hablar.*) No, mis hijos amados; que la fiesta siga; que no se interrumpen las conversaciones ni cese el regocijo... (*Kissoff hace mutis.*) La dicha de todos es mi dicha, y mi ventura vuestra ventura. (*Deja a la Zarina en su sitio.*)

SOFIA. (*Va donde el Zar.*) ¿Solo, Majestad?

EL ZAR. Sí, condesa. Acabo de rogar a Kissoff que traiga los bailarines tártaros. (*Entra Kissoff, que se llega al Zar.*)

KISSOFF. Con vuestra venia, Majestad. Los bailarines tártaros.

EL ZAR. Bien, Kissoff. Sentaos todos. A mi lado, tú, amada esposa, y que empiece la danza... (*Se sientan todos. Danza tártara. El Zar y su corte presencian el espectáculo con marcada complacencia. Ha terminado la danza. El Zar se levanta y dice.*) Bien por vosotros, amados tártaros. Que el Gran Chambelán de palacio os haga un regalo espléndido como recuerdo de vuestra danza de esta noche ante el Zar. Id en la gracia de Dios.

SANGARRA. Señor... (*Se inclinan ante él queriéndole besar los pies.*)

EL ZAR. Levantad. (*Salen los bailarines tártaros y, tras ellos, Kissoff.*)

DIMITRIEW. (*Al Zar.*) ¿Y esos periodistas, Majestad? ¿Por qué no decirles con la debida discreción...?

EL ZAR. Déjalos, Dimitriew.

ZARINA. Con tu venia, amado esposo. ¿Qué esperamos para abrir la polonesa?

EL ZAR. Este ruego tuyo, que es para mí mandato. (*Al Chambelán.*) La polonesa.

CAMBELAN. (*En voz alta, para enterar a todo el mundo.*) ¡La polonesa! ¡Damas y caballeros, preparados para la polonesa, que va a abrir su majestad imperial! (*Se aleja, repitiendo lo mismo, como para que llegue su voz a todos los salones. La orquesta ataca la polonesa, y todos los invitados, con los Emperadores a la cabeza, se ponen en dos largas hileras frente a frente, perpendiculares al público. Entonces, después de los primeros compases y cuando el baile va a empezar, o bien cuando la polonesa se halla en su apogeo, suena dentro una detonación. La sensación es enorme en todos, incluso en el Zar. Se deshace el baile y se repliegan los invitados a ambos extremos, mirando a la puerta del foro, por donde entra a poco el general Kissoff, pálido, demudado.*)

EL ZAR. ¿Qué sucede, Kissoff?

KISSOFF. Señor...

EL ZAR. Habla.

KISSOFF. La guardia de palacio ha disparado contra un hombre.

EL ZAR. ¿Y ha corrido su sangre?

KISSOFF. Lo han matado, señor.

EL ZAR. (*Afectadísimo.*) ¿Eh?... ¿Y por qué?

KISSOFF. Cuando sepáis, Majestad...

EL ZAR. No me digas quien es. Quienquiera que sea, ha sido vertida sangre humana en mi propio palacio.

KISSOFF. Señor, yo os explicaré...

EL ZAR. Dilo todo, por fin.

KISSOFF. Secreto de Estado. (*Pausa.*)

EL ZAR. Bien. (*A todos.*) ¡Los todos, mis muy amados hijos. ¿Cómo seguir la fiesta habiendo un hombre muerto? Y tú también, esposa mía. (*Van saliendo todos, por ambos laterales.*) Quédate, mariscal. Quédate, Dimitriew...

HARRY. (*A Alcides.*) Yo también quedarme.

ALCIDES. Yo, no.

HARRY. Osté no ser periodisto.

ALCIDES. (*Remedándole.*) Yo no ser periodisto, pero tener en mucha estima mi cabeza. (*Hace mutis con todos. Harry sigue en su sitio.*)

KISSOFF. Haga usted el favor de marcharse.

HARRY. (*Que se ha puesto a escribir.*) ¿Es a mí?

KISSOFF. Es a usted.

HARRY. Convenirme más quedarme, y me quedo.

KISSOFF. ¡Largo de aquí o le mando a la fortaleza!

HARRY. (*Imperturbable.*) Convenirme más marcharme y me

marcho. Buenas noches. (*Mutis. Quedan los cuatro hombres solos. Kissoff cierra la puerta del foro. Los demás—el mariscal y Dimitriew—, las laterales.*)

EL ZAR. ¿Qué pasa, Kissoff? ¿Qué sucede? ¿A quién han matado?

KISSOFF. A un espía, señor.

EL ZAR. ¿A un espía?

KISSOFF. Los bailarines tártaros eran espías. Se ha registrado al muerto, y se le han encontrado encima documentos comprometedores.

EL ZAR. ¿Para él?

KISSOFF. Para él y sus compañeros. Aquí los tenéis, señor. Cartas y documentos que hablan de Iván Ogareff.

EL ZAR. (*Queriendo recordar.*) ¿Iván Ogareff?

KISSOFF. ¿No recordáis, señor?

EL ZAR. No recuerdo. Mariscal, Dimitriew, revisad esos documentos. Dime, Kissoff...

KISSOFF. Iván Ogareff es un antiguo coronel de infantería, hombre de una voluntad y un valor a toda prueba, pero altanero y dado a todas las pasiones; es hombre sanguinario y feroz, y en él latén todos los bajos instintos y todas las maldades de la fiera humana.

EL ZAR. Adelante.

KISSOFF. En cierta ocasión se rebeló contra una orden dada a los coroneles por su alteza el Gran Duque, hermano de vuestra Majestad. Y ahora ha vuelto a Siberia, para fomentar una invasión de los tártaros, y ponerse a su frente.

EL ZAR. ¿Eh? ¿Los tár...?

KISSOFF. Los tártaros, señor.

DIMITRIEW. Los tártaros, sí. Según estas cartas y documentos, la invasión está perfectamente estudiada, y Feofar, que gobierna la Tartaria, dispuesto a la lucha y a quitar de vuestra corona, señor, un buen pedazo de Siberia.

EL ZAR. ¡Oh! ¿La guerra?

MARISCAL. La guerra.

DIMITRIEW. La guerra. (*Pausa. Entra un Oficial que se dirige a Kissoff.*)

EL ZAR. Habla. ¿Qué noticias traes?

OFICIAL. Majestad, hemos apresado a uno de los bailarines.

EL ZAR. Traedle, traedle en seguida. (*Mutis el oficial.*)

KISSOFF. Uno de los espías.

EL ZAR. ¡Si pudiéramos evitar, todavía la guerra! No quiero que corra la sangre de mis hijos. (*Vuelve el Oficial con Khiva. Unos soldados le traen bien sujeto.*)

EL ZAR. Dejadle y marchaos. (*Mutis el Oficial y los soldados.*)

KHIVA. (*Luego de cerciorarse de que los otros se han ido.*)
Majestad...

EL ZAR. ¿Quién eres tú?

KHIVA. General Kissoff...

KISSOFF. ¡Khiva!

KHIVA. Khiva soy. Del servicio de la policía, Majestad. Para espiar a los espías me he hecho pasar por tártaro... Pero no he querido descubrirme a los soldados de la guardia, y me han prendido como a tal. Esta noche hubiera entregado al general Kissoff un informe completo de la insurrección.

EL ZAR. ¿Eh? ¿Pero es que...?

KHIVA. La insurrección ya ha comenzado, Majestad, y con orden de invadirlo todo a sangre y fuego. El Emir ha puesto al frente de las tropas a Ivan Ogareff, que ha ordenado saquear e incendiar las aldeas rusas.

EL ZAR. ¡Oh, basta, basta! Hay que atajar ese movimiento. ¡Un mapa! ¡Pronto! (*Kissoff inicia el mutis.*)

KHIVA. No hace falta, general. Uno traigo con señales hechas por los mismos tártaros.

EL ZAR. A ver. (*Lo despliega sobre una mesita.*) ¿Por dónde invaden la Siberia?

KHIVA. Por, aquí, señor; por donde va la línea roja. Intentan asaltar la ciudad de Irkustk, por la astucia o por la fuerza, apoderándose así de toda esta región siberiana, y separándola de Rusia definitivamente.

EL ZAR. No, no, no. Es preciso evitarlo, cortar esa invasión, cueste lo que cueste. A ver, un ayudante de órdenes. (*Kissoff va por él y con él vuelve a poco.*) Dime, mariscal. Veamos el mapa. ¿Qué guarniciones de Siberia pueden acudir, al encuentro de los tártaros?

MARISCAL. Aquí las tenéis, señor: Irkustk y Yeniseik, las provincias del Amur y el lago Baikal.

DIMITRIEW. Pero esas guarniciones, señor, son muy escasas.

EL ZAR. ¿No podrán contener el avance de los tártaros?

DIMITRIEW. No, Majestad.

EL ZAR. ¿Ni tenerlos en jaque, mientras llegan refuerzos de Rusia?

DIMITRIEW. Eso sí.

EL ZAR. Pues no hay tiempo que perder. Oficial: orden por telégrafo a los regimientos de Perm y de Nijni, y a los cosacos de los montes Urales de estar preparados para sofocar una invasión en la Siberia... Orden por telégrafo a Irkustk y a Omsk de esperar esas fuerzas y resistir hasta su llegada; orden por telégrafo a mi hermano el Gran Duque de no dejarse engañar por

Iván Ogareff, que va a fingirse su amigo; orden por telégrafo a todos de confiar en el Zar, y de poner la vida en el altar de la Patria. Nada más. (*El Oficial hace mutis.*) ¿Qué tiempo pueden tardar en llegar esas tropas?

MARISCAL. De tres a cuatro semanas, señor.

EL ZAR. ¿Resistirán los siberianos?

MARISCAL. Resistirán.

EL ZAR. El verdadero peligro está en que mi hermano el Gran Duque sea burlado por Iván Ogareff. Mas por fortuna contamos con un aliado que devora en pocos minutos los miles y miles de verstas. Por fortuna contamos con el telégrafo. (*Entra el Oficial.*)

OFICIAL. Con vuestra venia. Señor, no funciona el telégrafo.

EL ZAR. (*Volviéndose, aterrado.*) ¿Eh?

OFICIAL. Lo han cortado los tártaros cerca de la frontera, por tres puntos distintos.

EL ZAR. Pero, ¿es posi...?

OFICIAL. Estamos aislados de la Siberia, señor.

EL ZAR. ¿Aislados?... ¡Pronto! ¡Un hombre que vaya a Siberia y lleve mi mensaje!... ¿Calláis? ¿No existe ese hombre? ¿Y los correos del Zar?

KISSOFF. ¡Designad a uno, señor, y ese cumplirá con su deber!

EL ZAR. ¡¡No!! ¡Con el deber impuesto, no! ¡Con el deber que por propia voluntad se imponga a sí mismo!

KISSOFF. Voy por ese hombre, señor. (*Mutis.*)

EL ZAR. Lo habrá, lo habrá. ¡Oh, mis correos, mis buenos oficiales de la Guardia! «Designad a uno, y ése cumplirá con su deber.» No, no quiero eso. Los obstáculos son grandes, los peligros son muchos, y el deber se cumple mejor cuando uno se lo impone. (*Pausa. El Zar sigue paseando. Entra Kissoff.*)

KISSOFF. Tengo el hombre que pedíais, majestad.

EL ZAR. Que entre. (*A una indicación de Kissoff aparece en el foro Miguel Strogoff, militarmente cuadrado. Hay una breve pausa, en la que el Zar le observa desde su sitio.*) Avanza. ¿Acudes a mi llamada por voluntad o por deber?

MIGUEL. Señor...

EL ZAR. Contesta.

MIGUEL. Si lo mandáis, por deber. Si no lo mandáis, por voluntad.

EL ZAR. No te lo mando.

MIGUEL. Pues por voluntad, que en mí se hará gratitud y deber.

EL ZAR. Es dura la misión.

MIGUEL. No importa, Majestad.

EL ZAR. (*A Dimitriew.*) Escribe el mensaje para mi hermano. (*Dimitriew lo hace. A Miguel.*) Tu nombre.

MIGUEL. Miguel Strogoff.

EL ZAR. ¿De qué región?

MIGUEL. Siberiano.

EL ZAR. Pues a Siberia te envío: a Irkustk, que va a caer en poder de los tártaros.

MIGUEL. Disponed de mí, Majestad.

EL ZAR. El mensaje es para mi hermano el Gran Duque, en cuyas manos lo pondrás.

MIGUEL. Lo pondré, señor.

EL ZAR. El camino es largo: miles y miles de kilómetros.

MIGUEL. Soy fuerte, señor.

EL ZAR. Tendrás obstáculos sin cuento. Tendrás que librarte de tus enemigos.

MIGUEL. Me libraré.

EL ZAR. De tu amigos, quizá.

MIGUEL. De mis amigos, también.

EL ZAR. De ti mismo, como oficial y como hombre.

MIGUEL. Como hombre y como oficial.

EL ZAR. De tu corazón, como enamorado; de tu corazón, como hermano, y de tu corazón, como hijo.

MIGUEL. De mi corazón entero, Majestad.

EL ZAR. ¡Bien por ti! El mensaje.

DIMITRIEW. Tomad, señor. (*Se lo da.*)

EL ZAR. Será preciso que te lo lea, por si alguien lo arranca de tu pecho.

MIGUEL. Con la vida será, señor.

EL ZAR. «El antiguo coronel Iván Ogareff, que dirige el movimiento de los tártaros, tiene el propósito de fingirse tu amigo, para apoderarse de Irkustk y de toda Siberia. Préndele y resiste cuanto sea preciso, que el ejército que Nos enviamos estará a la vista de esa ciudad el 24 de septiembre. Nos el Zar. (*Lo firma.*) Alejandro II.» Los sellos. (*Se los vuelve a dar a Dimitriew, que lo sella.*) Y ahora que entre la guardia, y forme a ámbos lados de este salón donde hubo una fiesta de trajes, para rendir sus armas a un enviado de la Patria. (*Kissoff obedece y pronto la escena se llena de los soldados que forman la guardia del Zar, cuantos más, mejor. Dimitriew entrega el mensaje sellado al Zar.*) Miguel Strogoff, toma el mensaje del Emperador y su abrazo. (*Se lo da y le abraza.*)

MIGUEL. Majestad...

EL ZAR. Y ahora, paso a él. La Patria le envía para salvar a nuestros hermanos. ¡Que Dios le proteja!

MIGUEL. Majestad... La emoción me sube a la garganta, impidiéndome hablar. ¡Juro volver, con honra o no volver! ¡Y dar por este pliego de mi Emperador hasta la última gota de mi sangre!... ¡No soy ya Miguel Strogoff! ¡No soy hijo, ni hermano, ni amigo de nadie! ¡No soy hombre siquiera! ¡Soy... el correo del Zar! Por él, por la Patria... ¡¡y por Dios!!
(Mutis.)

CUADRO TERCERO

UN ALTO EN LA ESTEPA

Parador de postas en Ichim, ya en Siberia. Puerta al foro izquierda y gran ventana al foro izquierda, con forillo de peladas montañas, aquí y allá con macizos de árboles, que son estrimaciones últimas de los Montes Urales. Una mesa, con dos cubiertos; de día.

EL MAESTRO DE POSTAS ayuda a poner la mesa a CIRILO, mozo del parador, que entra y sale con todo lo necesario.

MAESTRO. De prisa, Cirilo, que esos viajeros salen en seguida a comer.

CIRILO. ¿Tienen ya preparado el tarentas?

MAESTRO. Lo tienen.

CIRILO. ¿Y con buenos caballos?

MAESTRO. Con los mejores. No en balde soy buen maestro de postas...

CIRILO. ¿Y habéis dicho que esos viajeros son hermanos?

MAESTRO. Así dicen ellos.

CIRILO. ¡Ja, ja! ¡Hermanos!

MAESTRO. ¿Tú no lo crees?

CIRILO. Por unas palabras que sorprendí cuando entraron, sé que no lo son.

MAESTRO. ¿Sí? Cuenta, cuenta.

CIRILO. El se llama Nicolás Korpanoff, y ella, Nadia Fedor. Parece que se conocieron en la estación de Moskú mientras esperaban el tren, y que él la libró de unos borrachos. Desde entonces se quieren, y los dos van camino de Irkustk; él, porque es comerciante y tiene allí sus negocios, y ella, porque se le ha muerto su madre en Rusia y viene a reunirse en Irkustk con su padre, que es desterrado político.

DEMETRIO. (En el foro. Es otro mozo del parador.) Maestro, se ve un punto luminoso en las montañas.

MAESTRO. Más viajeros, sin duda.

DEMETRIO. Mientras no sean tártaros.

CIRILO. (Muy asustado.) ¿Eh? ¿Tártaros?

DEMETRIO. ¡Ja, ja, ja! Haces bien de tener miedo, Cirilo. Algún mozo de parador de posta tiene de ellos malos recuerdos.

CIRILO. ¿Eh?

MAESTRO. No hagas caso. Se limitan a coger todo lo que encuentran. Sin embargo, no pueden ser tártaros viniendo por ahí. La parte de los Urales está bien guardada porque el telégrafo funciona desde Moscú hasta Abatskaia, por donde, sin duda, lo han cortado los tártaros. (*Demetrio, desde la puerta del foro, y el Maestro y Cirilo, por el ventanal, ven, como el público, un punto negro que avanza lentamente montaña abajo en dirección al parador.*)

CIRILO. ¡Ay! ¡Que no sean tártaros, maestro de postas, que no sean tártaros!

DEMETRIO. ¡Ja, ja, ja, ja!

MAESTRO. Pero, ¿no oyes que no, valiente? Acaba de poner esa mesa, que es función propia de criada y que te cuadra tan bien.

DEMETRIO. ¡Es un valiente..., bien está el parador de Ichim con su ayuda!... (*Entra, por la derecha, Nadia. El Maestro la atiende. Demetrio desaparece del foro. El punto negro se va acercando y agrandando.*)

NADIA. ¿Está preparado todo, maestro de postas?

MAESTRO. Todo, señora. El tarentas, con los caballos enganchados, y la mesa..., ya veis.

NADIA. ¿Son para nosotros esos cubiertos?

MAESTRO. Lo son ¿Y Nicolás Korpanoff, señora?

NADIA. Descansa.

MAESTRO. ¡Ah! Por fin...

NADIA. Se resistía a hacerlo, pero he sabido obligarle.

MAESTRO. Estará fatigadísimo.

NADIA. Muerto más que vivo, maestro de postas. ¡Qué viaje desde Kazan, la puerta del Asia! ¡Qué peligros y contrariedades hasta Perm, hasta Ekaterimbúrg, hasta Tiúmen!... Y luego, la tempestad en los Urales. ¡Perdidos entre las peñas, y con el aullar, no lejano, de los lobos!

MAESTRO. ¿Y Nicolás, señora?

NADIA. Un valiente. Si vierais cómo defendió a su Nadia de un oso que la acometía... Y cómo saltó donde el cochero al desbocarse los caballos en la tempestad... Iban estos enloquecidos por el rayo y el trueno, derechos al abismo, y Nicolás los contuvo con mano firme, y los dominó, salvando su vida y la nuestra. ¡Qué gallardo estaba, en medio de la noche, cuando la luz de los relámpagos iluminaba su rostro, y eran sus ojos luz, y toda su figura, cómo la de un héroe de nuestras leyendas!...

MAESTRO. ¡Cuánto quereis a vuestro hermano!

NADIA. (*Cogida de improviso.*) ¿A mi her... (*Recobrándose.*)

Mucho, sí. Quiero mucho a mi hermano. (*Ante la mirada del tro, Nadia baja la cabeza, y el Maestro de postas ríe socarronamente.*)

MAESTRO. ¡Je, je, je, je!...

NADIA. ¿De qué os reís? ¿Es que dudáis acaso?...

MAESTRO. Ni dudo, ni confirmo, señora. (*Entra Miguel por a derecha.*)

MIGUEL. La comida, es preciso partir.

MAESTRO. En seguida, señor. (*Miguel y Nadia se sientan a la mesa. El Maestro, ayudado por Cirilo, les sirve.*)

NADIA. ¿Por qué no has seguido descansando?

MIGUEL. No podía dormir. Necesito estar en Irkustk lo antes posible.

DEMETRIO. (*En el foro.*) ¡Ya están ahí los viajeros, maestro!

MAESTRO. Lo son, ¿verdad?

DEMETRIO. ¡Ja, ja, ja!... Pero si es un pobre carro de gitanos!

MIGUEL. (*Levantándose.*) ¿Eh?... ¿Un carro de gitanos?

NADIA. ¿De gitanos, Nicolás? ¿Serán aquellos de Kazán?

MIGUEL. Acaso.

NADIA. ¿Por qué esa prevención contra los gitanos?

MIGUEL. Pueden ser espías, y eso importa mucho a mis negocios de Irkustk.

DEMETRIO. ¡Ya está aquí, ya está aquí!... ¡Arre, caballero! ¡Ja, ja, ja!... (*Pausa. Se oye la collera de un caballo que se acerca gradualmente. Se supone que se detiene ante la puerta un coche estafalarario, y sobre él, Alcides y Harry, que entran en escena.*)

HARRY. ¡Hola, míster Korpanoff!... ¿Osté ser aquí? Yo alegrarme mocha.

ALCIDES. ¡Ah! ¿Se conocen ustedes? Presénteme, míster Harry.

HARRY. Con un gusto moi granda. Mi compañera en la preso... Míster Korpanoff. (*Saludos.*) Y es satisfacción gigantesco el mío de pasar aquí la noche en tan buena compañía.

MIGUEL. No, por mi parte, y con mi sentimiento, míster Harry.

HARRY. ¿No?

MIGUEL. Me espera un tarentas ahí fuera para emprender el viaje en seguida.

ALCIDES. ¡Pchs! Ni por la mía tampoco. Tengo ahí fuera un cochecillo pequeño, una telega, que corre muy bien por la estepa.

HARRY. ¿Eh? ¿Cómo ser eso? ¡Maestro de postos! Ya querer otra talega que corra bien por la estopa...

MAESTRO. Imposible, viajero. No hay más que una, y la ha comprado ese señor.

HARRY. Veinte rublos más que él.

ALCIDES. Pero, ¿cómo da usted esos rublos por una telega, si no sabe lo que es una telega?

HARRY. ¿Eh? ¡Mí saber! ¡Mí saber! Una telega ser un pequeño carruaje de cuatro ruedas que... (*Saca su carnet, busca una hoja, se la arranca y se la da.*) Ahí está.

ALCIDES. ¿Eh? ¡Ja, ja, ja! ¿Pues no dice que es una telega?... Se la voy a dibujar yo, míster Harry, y usted verá lo que es una telega. (*Mutis foro.*)

MIGUEL. Maestro.

HARRY. Oiga osté. (*Reteniéndole.*)

MAESTRO. Perdonad, señor, que atienda a estos viajeros, que son también águilas.

HARRY. ¿Águilas?

MAESTRO. Águilas como el señor. Nosotros llamamos águilas a los viajeros que pagan bien, y cuervos a los que pagan mal.

HARRY. Entonces, ¿mí ser águila?... ¡Ah, bien; ser bonito ser águila!... (*Miguel da una orden sobre la comida al maestro, que se apresura a cumplirla, haciendo mutis izquierda.*) ¡Águila y telega! ¡Mil rublos! Pero, ¿qué ser mil rublos, si mi periódico estar cabeza todos los periódicos del mundo?

DEMETRIO. (*Entra con un papel.*) Señor, este papel que me ha dado para el señor ese otro viajero.

HARRY. ¡Oh!, bien. ¡El dibuja! Veamos tu telega... (*Lo desdobra y ve.*) ¿Eh? ¿Otro papelita? (*Lee.*) «Le felicito a usted por el dibujo y definición de este pequeño carruaje, y por haber comprado la telega. Suya es, en efecto, la telega, tal y como usted la ha dibujado y definido, pero como nada se ha dicho del caballo, yo me voy con él». ¡Oh! ¡Ser ladrono!... ¡A mí, maestro de postos!... ¡Vamos tras él! ¡Vamos tras él!... (*Mutis por el foro, con Demetrio.*)

MIGUEL. ¡Ja, ja! ¡Burlado el inglés, el ingenio ha podido esta vez, como tantas, más que el oro! (*Entra el maestro con lo que Miguel le pidiera, y se lo sirve.*)

MAESTRO. ¿Qué sucede, señor? ¿Y ese ilustre viajero? ¿Por qué eran esos gritos?

NADIA. Un lance muy curioso, maestro de postas.

MAESTRO. Voy a ver. Con permiso de los señores. (*Se dirige al foro, pero en ese momento entran Basilia y Juana. Esta hija de aquella, harapientas y desfallecidas ambas, y la madre, con visibles muestras de haber enloquecido.*)

JUANA. (*Dentro aún.*) ¡Socorro!...

MAESTRO. ¿Eh?

JUANA. (*Entrando con su madre.*) ¡Piedad para mí! ¡Piedad para mi pobre madre!

MAESTRO. ¿Venís heridas, mujeres?

JUANA. Los tártaros, señor. Piedad para nosotras.

MIGUEL. (*Levantándose, como Nadia.*) ¿Eh?

BASILIA. ¡A cerrar, a cerrar las puertas y ventanas!...

MAESTRO. Pero...

BASILIA. ¡Chist! A cerrar. Puede venir él. Que cierren, Juana, hija mía...

JUANA. Venimos huyendo de nuestra aldea, incendiada por los tártaros. Mi padre ha muerto entre las llamas, que han devorado nuestra casa, y mi madre ha enloquecido. ¡Piedad para nosotras!

BASILIA. ¡El, él!... ¡A cerrar, a cerrar!... (*Se desprende de su hija y cierra la puerta del foro y la ventana.*)

JUANA. ¡Madre mía!

BASILIA. Así, así. ¡Ya no entrará él!...

MAESTRO. ¿El? ¿Y quién es él?

JUANA. Lo ignoro, maestro de postas. Acaso la locura ha despertado un drama oculto en el corazón de mi madre. La locura que ha brotado en ella a la presencia de los tártaros.

MIGUEL. ¿Y dónde están los tártaros, muchacha?

JUANA. Delante de Krasnoiarks, señor.

BASILIA. ¡Allí, allí!

JUANA. Dicen que se ha puesto al frente de las tropas Ivan Ogareff, que ha logrado pasar la frontera... y que es inminente una marcha de los invasores sobre Irkustk.

MIGUEL. ¿Eh? ¿Sobre Irkustk?... Maestro de postas, cóbrate lo tuyo, que mi hermana y yo vamos al tarentas!... Y con lo tuyo, cóbrate lo de estas pobres mujeres. En marcha, Nadia.

NADIA. En marcha, Nicolás.

MAESTRO. ¡Buen viaje, señores! (*Miguel y Nadia se dirigen al foro. Al abrir la puerta, un hombre aparece en su umbral. Basilia ríe ahora con voz sorda, asistida y consolada por su hija, y sin que vea al aparecido en el umbral, que es Ivan Ogareff.*)

OGAREFF. ¡Maestro de postas!... ¡Ah, del maestro de postas!...

MAESTRO. ¿Qué quereis, señor?

OGAREFF. Caballos de refresco para mi tarentas.

MAESTRO. Imposible, señor.

OGAREFF. ¿Por qué?

MAESTRO. Porque no los hay.

OGAREFF. ¿Y ese tarentas enganchado a la puerta y pronto a partir?

MAESTRO. No me pertenece ya, viajero.

OGAREFF. Pues, ¿a quién pertenece?

MIGUEL. A mí.

OGAREFF. ¿Quién eres tú?

MIGUEL. ¿Y tú quién eres, que así lo preguntas?

OGAREFF. Un viajero que trae sus caballos reventados y necesita otros nuevos.

MIGUEL. Nada más justo.

OGAREFF. También lo será que los tome donde los encuentre.

MIGUEL. Mientras no sea aquí.

OGAREFF. ¿Por qué aquí no?

MIGUEL. Porque no hay más que unos caballos, y son míos.

OGAREFF. No hay más que unos caballos, y yo los necesito.

MIGUEL. ¿Qué quiere eso decir?

OGAREFF. Necesitar yo una cosa siempre quiso decir tenerla.

MIGUEL. No será esta vez.

OGAREFF. Será como todas.

MIGUEL. Mientras yo no los dé...

OGAREFF. Bastará con que yo me los lleve.

MIGUEL. Probad.

OGAREFF. En seguida. Maestro de postas, esos caballos a mi tarentas. ¡De prisa!

MIGUEL. No.

OGAREFF. ¡Sí!

MIGUEL. ¡¡No!! (Pausa.)

OGAREFF. ¡Ja, ja, ja!... No los das de buen grado. Y, sin embargo, los necesito. A pesar de tu desplante, ¡los quiero! (A Nadia.) Aconsejadle que me los dé, señora, para no verme precisado a recurrir a otros medios.

NADIA. ¡Dáselos, Nicolás!

MIGUEL. ¡He dicho que no!

OGAREFF. Pues, como hombres que somos, habremos de jurgarnos los caballos a cara o cruz. Cara será, por ejemplo, la vida y cruz la muerte. ¡Ahí tenéis un cuchillo!

MIGUEL. ¿Eh?

NADIA. ¡No!

OGAREFF. Defiéndete y defiende tus caballos, ¡cobarde!

MIGUEL. ¡Oh, calla!

OGAREFF. ¡No callo, cobarde! ¡Tira del cuchillo! ¡Acomete! ¡Ven sobre mí si en tus venas hay sangre de hombre!... ¿No? ¿No?... Pues los caballos son míos, y aquí te quedas tú, junto a esa mujer que no ha de quererte ya, porque las mujeres no quieren nunca a los cobardes. Y te quedas también con tu pellejo. Pero cuando un pellejo es tan miserable como el tuyo, antes de despedirse de él... ¡hay que cruzarlo así! (Le da un latigazo en pleno rostro. Miguel parece por un momento que va a olvidarlo todo y a lanzarse sobre él, pero se domina y cae en una silla sollozante. Ogareff, que le plantó cara al ver su gesto, se dirige ahora al mutis.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vamos, maestro de postas! ¡Bien, Nicolás Korpanoff! Estás en tu sitio. No queriéndote ba-

tir como los hombres, ¿qué te queda ya mas que llorar como las mujeres? ¡Ja, ja, ja!... (*Mutis por el foro, con el Maestro.*)

BASILIA. (*Como saliendo de su sopor.*) ¿Eh?... (*Por el que se va.*) ¡Bandido, bandido, miserable! Hija mía, no cerraron las puertas y ha entrado. ¡Ha entrado! ¿Sabéis quién es? El que incendia las aldeas y mata a las mujeres. Es el traidor a la patria! ¡Es Ivan Ogareff!

MIGUEL. (*Saltando sobre ella.*) ¿Eh? ¡Mientes! Ese hombre no es Iván Ogareff! Díme que mientes, si no quieres que se quede tu vida en mis manos!

BASILIA. ¡No miento!

JUANA. ¡Favor!... ¡Favor!... (*Entra el maestro.*)

MAESTRO. ¡Bien, Nicolás Korpanoff! Hiere a una pobre mujer! Mátala, tú que no has sabido defenderte de los insultos de un hombre...

MIGUEL. (*Soltándola.*) ¡Es verdad, es verdad! ¡Y no veré más a ese hombre!... ¡Ivan Ogareff, me has llamado cobarde y has cruzado mi rostro! Pero yo te emplazo a que tengamos ese desafío. Yo he de llamarte como tú: ¡cobarde!

MAESTRO. ¡Ja, ja, ja!

MIGUEL. No, no te rías, o te maño, maestro de postas!... Es decir, sí, ríe, ríe hasta morir, de este pobre muñeco, que ha perdido, por cobarde, el amor de una mujer. (*Solloza desesperado.*)

NADIA. No has perdido su amor. Y menos como dices, Nicolás!... No eres un cobarde. Eres, acaso, un hombre que cumple una misión, que lleva a cabo un deber... ¡y yo te quiero por eso!

MIGUEL. Nadia, ¿es eso cierto?

NADIA. Sí.

MIGUEL. ¿No he perdido tu amor?

NADIA. ¡No!

MIGUEL. Pues por él la vida es nuestra. La vida me recobra. ¡A mis brazos, Nadia! (*La estrecha.*) Y tu latigazo, Ivan Ogareff, yo sabré arrancármelo de la cara, como ha sabido esta mujer arrancarlo del corazón. ¡Te lo juro por ella, Ivan Ogareff! ¡Te lo juro por ella!

JORNADA SEGUNDA

LOS SUPREMOS OBSTACULOS

CUADRO CUARTO

¡AL ABORDAJE, SAMUKAI!

A bordo de la barcaza «Zarina», que cruza el caudaloso Irtiche. De noche. Muy lejanas las orillas del río, con las llamas aquí y allá de los fortines incendiados por los tártaros.

En escena cantan y bailan los zingaros. A un lado están MIGUEL y NADIA, conversando. Al lado opuesto, ALCIDES tomando notas de todo, muy de prisa. Al fondo, contra la borda, hay una enorme caja que se supone de mercaderías.

CANTANDO

ZINGARA. Errando va
la tribu vagará al azar,
con su dolor,
sin patria y sin amor;
pues el querer
en ella no podrá nacer,
ya que partir
es sólo su vivir.
Maldito amor,
que nunca ha de crecer;
no hay suelo
fecundo a su pasión.
¡Qué breve fué
para la tribu amar!
Su sino
fué siempre caminar...
¡Ah!

TODAS. Errando va, etc.

ZINGARA. Siempre fué ley el afán de amar;
de nuestro pecho alma fué,
y en la danza brotó,
y en el canto vibró,
de la vida al pasar,
de la tierra al correr.
Pero el amor se quedó en afán,
pues de la tribu, al partir,
lo que en el camino dejó de brotar,
fué en el camino a morir.

TODAS. Pero el amor se quedó en afán, etc.

HABLADO

NADIA. (*Bajo a Miguel.*) Siempre esos gitanos, Nicolás...

MIGUEL. Siempre esos gitanos.

NADIA. ¿Serán espías acaso? ¿Al servicio de los tártaros, tal vez?

MIGUEL. ¿Qué nos importa?

NADIA. ¿De veras no te importa, Nicolás?

MIGUEL. ¿Por qué dices eso, mujer?

NADIA. Por nada. (*Baja la cabeza. Siguen hablando.*)

ALCIDES. ¡Ea! ¡Terminé!... ¡Vaya una crónica que mando a mi periódico!... ¡La mejor de la historia del periodismo universal!... Ahora voy a celebrar dos docenas de interviús... Dime, buen mujik..., ¿quieres atenderme, excelente mujik? El mujik me vuelve la espalda. ¡Es un enemigo de la prensa!... (*Va a una mujer.*) Vamos a ver, campesina livonia: ¿tú quieres decirme...? (*Le vuelve también la espalda.*) Tampoco quieren nada con la prensa las campesinas livonias. Mi amigo míster Harry con la prensa las campesinas livonias. ¡Salud, gitanos! (*A Sangarra.*) ¡Salud, emperatriz de la danza!

SANGARRA. ¿Quién eres tú? (*Los otros gitanos sacan sus cuchillos y se ponen en guardia.*)

ALCIDES. ¡Un periodista! Soy un periodista, que estaba en los salones del zar la noche que bailasteis vosotros. Anda, dime; si tú fueras tan amable como hermosa... (*Siguen hablando.*)

NADIA. ¿Qué tienes? ¿Cansado quizá? ¿Te entristece la noche?

MIGUEL. Sí, Nadia; me entristece la noche, tan solemne y callada...

NADIA. ¿Y esas hogueras? ¿Son de pueblos en fiesta, Nicolás?

MIGUEL. Me temo que esa fiesta que tú crees de los pueblos sea en cada punto incendio de la guerra.

NADIA. ¿Los tártaros, supones...?

MIGUEL. Sí. A todo lo largo de este río hay viejos fortines de madera en que los rusos se defendieron siempre contra las hordas invasoras. Y tal vez son esta noche esos fortines los que arden.

NADIA. ¡Los tártaros!... ¿Llegaremos a Irkustk, Nicolás?

MIGUEL. Con la ayuda de Dios ha de ser.

NADIA. ¿Nos falta, acaso, cuando el nos ha juntado en el camino, y hecho ayuda de nuestro propio amor?

MIGUEL. Nadia...

NADIA. ¿No eres feliz con el mío, Nicolás?

MIGUEL. Sí lo soy. Y con ansia infinita de llegar a Irkustk, para el mío ofrecerte, abiertamente, y hacer de ti mi esposa ante Dios y ante los hombres...

NADIA. (*Conmovida.*) Gracias, Nicolás, gracias...

MIGUEL. ¿Lloras, mujer? (*Siguen hablando.*)

GITANA 1.^a (*Está con sus compañeros junto a la gran caja del fondo.*) ¿No os lo dije? Son enamorados. (*Por Nadia y Miguel. Se oye dentro la recia voz de un barquero.*)

VOZ. ¡Hombre al agua!

PATRON. ¡Ah, del piloto!

VOZ. ¡Hombre al agua! ¡Hacia la orilla derecha!

PATRON. ¡Vira a estribor!... ¡A la maniobra, muchachos! ¡Pronto! (*Todo los pasajeros se agolpan a la borda.*)

ALCIDES. ¿Conque hombre al agua? ¿Será alguien que nada hacia nosotros? Porque no creo que haya caído al agua nadie de este bergantín. ¿A ver si es míster Harry? (*Se sube a la gran caja del fondo.*) Si es él, no sube a la barcaza. ¡Con un bichero le parto en dos la rubia cabezota! (*Los barqueros izan como pueden por la borda a un hombre empapado en agua.*)

PATRON. ¿Eh? A ver. ¿Vive esta mujer? ¿Habla todavía?

MIGUEL. Sí, patrón. (*A los pasajeros, que se agolpan en torno de él.*) ¡Espacio, señores!

PATRON. Espacio, espacio. ¡Ah, del timón! ¡Muchachos, no descuidéis la maniobra!... ¿Quién es esta mujer?

TIUMEN. Patrón...

PATRON. ¿Hablas, condenada? ¿Quién te echó al agua?

TIUMEN. Yo misma, patrón; huyendo de los tártaros; lo quemán todo, lo destruyen todo. Han entrado en la ciudad de Omsk.

MIGUEL. (*Aterrado.*) ¿Eh?

NADIA. Nicolás... (*Tiumen se desmaya.*)

PATRON. ¡A ver, pronto! Se ha desmayado esta mujer... Un poco de voddka para ella, muchachos. Y si tenéis a mano un poco de *kumis*, esa endiablada bebida de los tártaros, mejor. (*Traen lo pedido y todos se esfuerzan en reanimar al salvado.*)

NADIA. ¿Qué tienes, Nicolás?... ¿Por qué te ha impresionado tanto la entrada de los tártaros en Omsk?

MIGUEL. Porque en esa ciudad vive mi madre.

NADIA. (*Sorprendida.*) ¿Tu madre?... ¿Qué misterio envuelve tu viaje?

MIGUEL. Calla, Nadia. Nos observan.

PATRON. ¡Pronto! Algo con que abrigar a esta mujer. Una prenda de lana.

NADIA. Una mía, patrón. (*Se despoja de su abrigo y se lo da al patrón.*)

SANGARRA. (*Se acerca a Miguel, cautelosa.*) ¿Nicolás Korpanoff? ¿Por qué palideciste al oír que habían entrado en Omsk los tártaros, y qué llegó a mis oídos de tu madre?

MIGUEL. Nada de eso dije, gitana; si sentí una profunda
moción, fué porque en Omsk tengo enterrado a mi padre.

SANGARRA. ¡Ah!... (*Riendo sordamente, se une a sus com-
pañeros.*)

NADIA. ¿Y esa mujer, Nicolás? ¿Qué quería de ti?

MIGUEL. Calla, Nadia; por favor te lo pido.

PATRON. (*Por el recién salvado.*) Se reanima. Abre los
ojos...

TIUMEN. ¿Dónde estoy?... ¿Entre rusos? ¿Entre leales?...
Si con vosotros viene un correo del Zar, decidle que se disfrace,
que por todos los medios se oculte, porque los tártaros vienen
en su busca...

NADIA. (*Bajo a Nicolás.*) ¿Un correo del Zar, Nicolás?

MNGUEL. (*Imperturbable.*) Eso dijo: un correo del Zar.

ALCIDES. (*Sobre el cajón.*) ¡Cáspita! ¡Este cajón se mue-
ve! ¡Aquí dentro hay un hombre!...

TIUMEN. No le abráis. Si es el correo del Zar no le abráis.

SANGARRA. (*A los gitanos, en voz baja.*) Preparad vuestros
cuchillos, y si él fuera, matadle.

ALCIDES. ¡Vaya si se mueve!... ¡Ya lo creo que se mueve!
(*Salta al suelo.*)

PATRON. ¡A ver, muchachos! ¡Abrid ese cajón!

TIUMEN. ¡No lo abráis! ¡No lo abráis!

PATRON. ¿Y si fuera contrabando de armas para los tártar-
os? ¡Abridlo! (*Lo abren desclavando la pared vertical, de cara
al público, y aparece mister Harry.*)

HARRY. ¡Oh! ¡Estar bien! Buenas noches a todos.

PATRON. ¿Eh? ¿Quién eres tú?

ALCIDES. ¡Mister Harry!

HARRY. Un periodista, que estar ahí todo el viaje sin ver,
pero... oyendo. *All righth!*

ALCIDES. ¿Oyendo?

HARRY. ¡Oyendo, mister Alcides! ¿Cómo va? No le guar-
do ninguna rencora. ¡Muy a la contraria, yo se lo agradezco!...

ALCIDES. Pero... (*Sin explicarse.*)

HARRY. ¿Cómo va, mister Korpanoff?

TIUMEN. (*Horrorizado.*) ¿Eh? ¡Mirad, mirad!... ¡Los tár-
taros!... ¡Favor!!... Estamos perdidos!

VOZ. (*Dentro.*) ¡Barca por sotavento!

PATRON. ¿Eh?... ¡Muchachos!...

TIUMEN. ¡Vienen! ¡Se acercan!... Hundirán en el río esta
barca, como tantas otras... ¡Favor, Dios de los cielos! ¡Favor,
santos Pedro y Pablo!... (*Gran confusión.*)

VOZ. (*Dentro.*) ¡Los tártaros! ¡Los tártaros!...

TIUMEN. ¡Escondeos en la bodega, mujeres! ¡Os robarán

esos bandidos!... ¡Os arrancarán de los brazos de vuestros maridos y de vuestros hermanos!...

NADIA. ¡Nicolás!

MIGUEL. ¡Nadia mía!... (*Estrechándola contra sí.*)

TIUMEN. ¡Favor! ¡Favor!... ¡Se acercan! ¡Se acercan!
¡Vienen al abordaje!... ¡Favor, santos Pedro y Pablo! ¡Favor,
Dios de los cielos!

PATRON. ¡A defenderse todo el mundo!...

SANGARRA. (*A los suyos.*) ¡Atención para pasarnos a su
lado!

PATRON. ¡A las armas todo el mundo!

MIGUEL. ¡Un hacha, patrón!

NADIA. ¡Nicolás!

MIGUEL. ¡Un hacha, digo! (*Le entregan un hacha. Hay unos momentos de confusión terrible, de expectación enorme. Corren de un lado para otro los barqueros, en la maniobra de cordajes y bicheros... Se refugian las mujeres en los hombres, y se proveen éstos de toda clase de armas. Va de un lado para otro, en busca de algo con que defenderse, Alcides. Se pone a dibujar el cuadro muy tranquilamente el inglés. Oyense en seguida los gritos de los tártaros, su terrible «¡samukai!, ¡samukai!»..., que se confunde con los gritos de cubierta. De pronto, se supone que la barca de los tártaros se acerca, y sufre la barcaza «Zarina» un encontronazo terrible. Todo el mundo se apresata a la defensa. Los primeros tártaros saltan la borda, mandados por Ogatai y por Yeseutke. Los gitanos han huido, con Sangarra, desapareciendo de escena.*)

MANGU. ¡Samukai! ¡Samukai!... ¡Al abordaje!... ¡Mueran los rusos!...

YESEUTKE. ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!... ¡Hundid la barcaza!... ¡Matad a los hombres y apresad a las mujeres!

MANGU. ¡Las mujeres para nosotros, kirguises!

YESEUTKE. ¡Eso! ¡Para nosotros!... ¡Adelante, kirguises,
adelante!...

MANGU. ¡Samukai!...

TODOS ELLOS. ¡¡Samukai!!

YESEUTKE. ¡¡Adelante!!

(*Luchan los tártaros con los pocos pasajeros y barqueros que blanden armas, mientras los demás se refugian en los extremos, horrorizados. Miguel, con el hacha, acomete encarnizadamente a los abordadores. Ogatai es uno de los primeros que caen, rodando desde lo alto del cajón del fondo hasta el suelo, donde queda exánime. Siguen los gritos de guerra y de angustia. Caen casi todos los hombres. Los gitanos desarman a unos y agrupan a las mujeres como prisioneras. Entre éstas se llevan a un lado a Nadia. Miguel lo ve y*)

corre en su auxilio, pero cuatro soldados tártaros lo desarman entonces y lo atan al palo mayor.)

YESEUTKE. ¡A él, kirguises!... Por su propia mano ha matado a uno de los nuestros.

ELLOS. ¡A él! ¡Samukai! ¡Samukai!...

YESEUTKE. ¡Así! ¡Así!...

NADIA. ¡Nicolás!...

MIGUEL. ¡No!... ¡Dejadme! ¡Soltadme!... ¡Nadia! ¡Nadia mía!...

NADIA. ¡Korpanoff!

MANGU. (*Apareciendo entre los tártaros.*) ¿Es esa la mujer de este hombre?

MIGUEL. ¡No, no es la mía! (*Para salvarla.*) Matadme a mí, pero a ella no, que nada tiene que ver conmigo.

NADIA. ¡Sí!... ¡Muera yo con él, que es el hombre amado de mi alma!... ¡Con él la vida y la muerte! ¡Quitad! ¡¡Quitad!!...

MANGU. ¡Pues yo entre ellos! ¡Ja, ja!... ¡Esta mujer para mí, Yeseutke!

MIGUEL. ¡No!

MANGU. ¡Sí!

MIGUEL. ¡¡¡No!!!...

MANGU. ¡Ja, ja, ja ja!...

MIGUEL. ¡¡¡No!!!... (*Aparece Sangarra.*)

SANGARRA. ¡Nicolás Korpanoff! ¿Eres o no el correo del Zar?

MIGUEL. ¡No sé de qué hablas! ¡Dadme a esa mujer! ¡Dádmela o matadla conmigo!

NADIA. ¡¡Sí, sí!!

SANGARRA. ¡No! En nombre de Iván Ogareff, Yeseutke, obedece mis órdenes... Si este hombre es el correo del Zar..., quitadle los documentos... y respetad a esa mujer. ¡Si no es, esa mujer para ti, Yeseutke! ¡O para ti, Mangú!... ¡O para un hombre cualquiera de vosotros!... ¡Contesta, Nicolás Korpanoff! ¿Eres o no el correo del Zar?

MIGUEL. ¡No lo soy!

SANGARRA. ¡Mientes!

MIGUEL. Registradme, si queréis... (*Destrozado.*) Llevaos, si queréis, a esa mujer, que es toda mi alma..., pero no soy el correo del Zar...

YESEUTKE. ¡Pues esta mujer para nosotros! Y tú..., muere ahí por haber matado a un jefe de tribu. ¡Kirguises, fuego a la barcaza!...

NADIA. Dejadme, dejadme... (*Se la llevan a viva fuerza por un lateral. En escena quedan solamente los muertos, y Miguel atado al palo mayor.*)

MIGUEL. ¡Nadia, Nadia mía!... Y que no pueda yo... ¡Favor, Dios de mi infancia! ¡Dios de mi madre!... ¡Es mi amor, y se la llevan! ¡Se la llevan y es mi vida!... ¡Que muera yo también!... ¡Muera pronto, que para consuelo de mi alma y de mi honra, sigo siendo aún el correo del Zar! (*Bajo sus pies surge una columna de humo. Pronto se ve Miguel envuelto en llamas, que lamen la borda, el cajón de cubierta, toda la barcaza. El palo mayor se desploma, cayendo con Miguel. Este, entonces herido, medio abrasado, se suelta de sus amarraduras y se dispone a lanzarse al agua para ir en persecución de los tártaros.*) ¡Libre! ¡Libre ante la muerte y en el centro del río! ¡Pero no importa!... ¡El correo del Zar es hombre también, y está enamorado!... ¡Nadia, Nadia mía, en su barcaza te llevan los tártaros! ¡Yo pasaré el río a nado y te arrancaré de sus brazos de muerte!... (*Busca el mejor sitio por donde arrojarle al agua, siempre de espaldas, a la derecha, por ejemplo, donde cayó Ogatai. Pero éste no había muerto, sino que se incorpora ahora, y disputa contra Miguel, que cae desplomado en el río, produciendo ese ruido característico de las aguas al caer un cuerpo pesado en ellas, y levantando a la vista del público una columna de agua al impulso de la caída.*)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

AMOR, VENGANZA Y ANGUSTIA

Interior de una isla miserable, en la Siberia.

Sobre un camastro, MIGUEL STROGOFF, somnoliento, febril. Frente a él, sentado y contemplándole callada y plácidamente, un ANCIANO siberiano.

MIGUEL. (*Delirando.*) ¡El Emperador!... (*Recordando palabras suyas y del Zar.*) A la orden, general Kissoff... ¿Acudes a mi llamada por voluntad o por deber?... ¡Tu nombre! ¿De qué región eres?... ¡Ja, ja, ja! (*Recordando inconscientemente otras cosas.*) ¡Bromeáis, camaradas! ¡Soy el oficial más joven de los correos del Zar!... ¡No bebo vodka! ¡No quiero vodka!... ¿Una fiesta en San Petersburgo? ¡Prefiero Moscú! ¡Siempre Moscú!... ¡Nadia, Nadia, el amor de mi vida!... ¡Los tártaros! ¡Miserable! ¡Miserable! ¡Ja, ja, ja!... (*Otra vez el recuerdo del Zar.*) El camino es largo. Miles y miles de kilómetros. Tendrás que li-

parte de tus enemigos, de tus amigos y parientes, de ti mismo, Nicolás Korpanoff... ¡Ja, ja, ja! ¡Nicolás Korpanoff! El mensaje es para mi hermano el Gran Duque, en cuyas manos o pondrás... ¡Lo pondré! ¡Con la vida, señor! ¡Con la vida, majestad!... *(Se incorpora, para saludar rígidamente, como entonces, y despierta con estupor.)* ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¿Dónde estoy?... ¿Qué he soñado? ¡No recuerdo nada!... *(Reparando en el anciano.)* ¿Un hombre aquí? ¿Quién eres tú? *(De pronto se palpa ansiosamente el pecho, tranquilizándose al ver que conserva en su sitio el pliego del Zar, y respirando un momento jadeante.)*

ANCIANO. *(Tras una pausa.)* ¿Te sientes mejor, hermano?

MIGUEL. ¿Hermano?... Pero ¿quién eres tú, pregunto, y por qué me llamas así?

ANCIANO. Porque hermanos somos, ya que los dos vivimos de la caridad.

MIGUEL. ¿Eh?

ANCIANO. Yo soy un mendigo, que vive en esta pobre isla solitaria, y tú más mendigo aún, porque has necesitado mi propia caridad para vivir.

MIGUEL. No comprendo...

ANCIANO. Las aguas del río te dejaron entre las cañas de la orilla, herido y maltrecho, y yo te salvé.

MIGUEL. *(Queriendo recordar.)* ¿Tú?

ANCIANO. He curado tus heridas, y atendido tu fiebre..., y vigilado tu sueño.

MIGUEL. ¡Mi sueño!... ¿Dije algo en él, anciano?

ANCIANO. *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Qué sé yo! ¿Y qué más da también? Ni tus labios sabían lo que dijeron, ni mis oídos lo que escuchaban. Poco me importan las cosas de los hombres.

MIGUEL. Sin embargo... *(Vuelve a palparse, instintivamente, el pliego del Zar.)*

ANCIANO. Los hombres pasan y pasan por delante de mi isla, como pasan y pasan las aguas del río. Y yo veo iguales a todas las aguas..., y a todos los hombres.

MIGUEL. Entonces...

ANCIANO. Vivo por vivir, mi pobre vida de mendigo, esperando la muerte, sin odios ni amores.

MIGUEL. ¿Qué vives sin amor? ¿Y sin odio también? *(El anciano se encoge de hombros. Miguel empieza a recordar, volviendo a la vida.)* Pero ¿cómo vivir sin uno y sin otro? ¡Yo no podría! ¡Yo no puedo! ¿Vivir sin el amor de mi Nadia?... ¿Y sin el ansia de vengarme?... Pero ¿no sientes la venganza en tu

pecho, anciano? (*Levantándose.*) ¿No odias a los invasores? ¿Nada te quitaron los tártaros?

ANCIANO. ¿Qué podían quitarme?... Pero ¿adónde vas, hermano?

MIGUEL. A seguir mi camino... Voy por mi amor y por mi venganza.

ANCIANO. Pero ¿con fiebre? ¿Y abiertas las heridas?

MIGUEL. ¿Qué importa todo, cuando es el corazón el que lleva adelante?

ANCIANO. ¿Y vas hacia los tártaros?

MIGUEL. Hacia ellos y contra ellos.

ANCIANO. ¿Qué te robaron, hermano?

MIGUEL. El amor de mis amores: una mujer.

ANCIANO. ¡Bah! ¡Una mujer!

MIGUEL. ¿Por qué te encoges de hombros, anciano? ¡Esa mujer era mi vida! Jamás a otra alguna amaré mi corazón como a ella.

ANCIANO. Te equivocas...

MIGUEL. ¿Por qué dices eso?

ANCIANO. Yo también estuve enamorado de una mujer, y con ella casé; ¡qué locura la nuestra! ¡Qué dicha en nuestro hogar!... Pero la pobre, un invierno, murió. Se llevaba mi vida. ¿A quién volver a amar? ¿Qué otra mujer iba a haber en el mundo para mí?... Sin embargo, con los nuevos brotes de la primavera..., mi corazón renació. Y volví a querer, y a casarme de nuevo, y a no haber en la tierra más mujer que aquella otra mía. Hoy, al cabo de los años, con la nieve en mi cabeza y enterradas las una y la otra, no podría decirte de ambas cuál fué más buena ni más santa, ni cuál me hizo más dichoso, ni de cuál de las dos estuve más enamorado... (*Pausa.*) Otra mujer pudieron los tártaros robarte, y entonces sí que tu dolor no tendría consuelo.

MIGUEL. ¿Qué otra mujer, anciano?

ANCIANO. ¿No comprendes?... Tu madre.

MIGUEL. ¡Oh, calla, calla!... Mi madre está en Omsk.

ANCIANO. Y Omsk ha caído en poder de los tártaros.

MIGUEL. ¡Sí, lo sé, lo recuerdo!... Ahora me voy más de prisa que antes. Me llevo mi amor, mi venganza y mi angustia!

ANCIANO. ¿Eso sólo, Miguel Strogoff?

MIGUEL. ¿Eh? ¿Cómo sabes...?

ANCIANO. En tu delirio lo dijiste. ¿Eso sólo te llevas?

MIGUEL. (*Desolado, deshecho.*) Tienes razón, anciano..., sobre el amor y la angustia y la venganza, me llevo el deber.

ANCIANO. Adiós, hermano.

MIGUEL. Adiós, mendigo... Adiós... Adiós... (*Mutis.*)

LA MAS DURA PRUEBA

Hall del palacio de los Strogoff, en la ciudad siberiana de Omsk, convertido en hospital de sangre. Amplio ventanal a todo foro. Unas camas con heridos. Entrada y salida al exterior, por la derecha. De noche.

Al levantarse el telón, MARFA STROGOFF y una ENFERMERA están atendiendo a uno de los heridos, encamado. A la derecha está BASILIO, criado ruso, esperando órdenes. El relámpago de una explosión próxima ilumina un momento el ventanal. En seguida se oye el estruendo formidable. Basilio se santigua a la manera rusa. La Enfermera, también. Sólo Marfa Strogoff permanece impasible. Un herido, en el extremo opuesto de la sala, gime.

MARFA. En seguida, hijo mío. Un momento tan sólo. *(Nueva pausa. Suenan algunas detonaciones, muy lejanas.)* Así. *(Al herido que atiende.)* Lavada la herida, encontrarás alivio. Más gasa, Sofía. Y la venda más ancha... Voy a ti, hijo mío. ¿Protestabas de que curase a un tártaro antes que a vosotros? Aquí no hay tártaros ni rusos. La caridad no tiene patria. *(Al herido primero.)* ¿Qué te pasa, hijo mío? *(Por la derecha entra Alcides, con su eterna movilidad y locuacidad.)*

ALCIDES. Buenas noches a todos... ¡Animo, muchachos! A curar pronto de esas heridas. Señora Strogoff, he escrito un artículo sobre usted, elogiándola como merece y que van a publicar todos los periódicos del mundo. *(Entra mister Harry.)*

HARRY. Menos el mío. Todos los periódicos de la munda, menos el mío.

ALCIDES. ¿Eh? Pero, mister Harry... ¿Cómo se atreve usted?... ¿Quién le dió permiso para entrar aquí?

HARRY. Este deda. *(Muestra uno, vendado.)* ¿No ser esto un hospital de sangre? Yo tener sangre en esta deda. Yo estar herido. Yo estar aquí.

ALCIDES. ¡Ja, ja, ja...! ¿Vió usted algo más ridículo, señora? ¡Por un dedo!... ¡A ver, que se reúnan todas las enfermeras! ¡Que vengan todos los médicos!... ¡Siete camillas a este hombre! ¡Ja, ja, ja...!

HARRY. ¡No reírse! ¡No reírse!

MARFA. Mister Harry, en efecto, herido o no, y lo mismo que usted, entra aquí por derecho propio. Más de un herido traigo, sin camilla, sobre sus hombros.

HARRY. Sí, señor. Yo traer más de una herida sobre mis hombres.

MARFA. (*A Harry.*) ¿Y por qué dijo usted que el artículo de este caballero iban a publicarlo todos los periódicos del mundo menos el suyo?

HARRY. Y ser verdad, señora. El mío no publicará jamás un artículo semejanta.

MARFA. Pero, ¿por qué?

ALCIDES. Eso, ¿por qué?

HARRY. Por haberlo publicado ya, señora. ¡Hip, hip! ¡Hurra!... ¡Ja, ja, ja!

ALCIDES. (*Loco ya.*) ¿Eh? Pero... ¿Pero está usted seguro?... ¡Es demasiado! ¡Siempre pisándome las informaciones y las crónicas!... Pues yo voy también por noticias sensacionales. Hasta pronto, míster Harry. A sus pies, señora. Mis respetos, señorita. A curar en seguida heridos. Hasta luego, Basilio. ¡Au revoir!... (*Mutis, derecha.*)

HARRY. ¡Ja, ja, ja! Es un... ¿cómo decirse finamente a uno tonto, imbécil, idiota, majadera?... ¿Cómo decirse? ¡Ah, sí! Es un... mantecado. Y ahora otra cosa, señora. Yo haber salvado a una prisionero de los tártaros, muy linda muchacha, que entrar aquí dentro de poco, en el turno nuevo de las enfermeras, como una más. Ser compañera de viaje, y osté hacer, la vista muy gruesa, y no decir nada. ¿Entendidos?

MARFA. Entendidos, míster Harry. Es usted noble y caballero.

HARRY. Soy hombre, nada más, señora, y tener sentimientos de hombre. (*Nuevo relámpago que ilumina el ventanal. Nueva detonación, y, en seguida, gritos, risas y músicas de los tártaros, mezclado todo con toques de cornetas.*) ¿Eh?

MARFA. ¿Qué es eso?... ¿Risas y músicas? ¿Gritos que ya no son de guerra? ¿Qué sucede en Omsk?

HARRY. Mi decir lo mismo. ¿Qué suceder? (*Saca su carnet y se dispone a escribir.*)

MARFA. ¿Qué es eso, Basilio?... Anda a la puerta. ¡Indaga! ¿Se ha vuelto loca la humanidad, habiendo tanto dolor y tanta sangre? (*Basilio hace mutis, derecha.*) ¿Qué tormento nuevo inventan los hombres contra los hombres? ¿El de la risa? ¿El de la fiesta?... ¡Eso no! ¡La burla hace más daño que las balas! ¡El sarcasmo hiere más que el acero! (*Por delante del ventanal asoman unas antorchas y a su luz se ve un grupo de tártaros que gesticula, grita, canta y ríe, capitaneado por el feroz Mangú, borracho de kumis, como los demás. El inglés escribe muy de prisa. Marfa se cubre la cara con las manos para no presenciar aquel espectáculo infame.*)

MANGU. ¡Samukai! ¡Samukai!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Más kumis, kirguises!... ¡Todos a beber! ¡Más kumis!... (*Risas, gritos, cantos. Se ponen a bailar una danza siniestra, Sangarra entre ellos.*)

SANGARRA. ¡A beber! ¡A danzar!... ¡Música, kirguises! ¡Más kumis!

MANGU. ¡Viva Marfa Strogoff!...

SANGARRA. ¡A quemar el hospital de sangre!

MANGU. (*Asomándose al ventanal, por detrás, claro.*) ¡Samukai! ¡Samukai! ¡Queremos mujeres para las fiestas del Emir!... (*Risas y gritos.*)

SANGARRA. ¡A danzar! ¡A danzar!...

TODOS. ¡Eso, eso!... ¡Viva Sangarra!... ¡Viva!

MANGU. (*Otra vez contra el ventanal.*) ¡Queremos mujeres para la fiesta del Emir!... ¡Ja, ja, ja!... (*Completamente ebrio.*)

MARFA. ¡Oh! ¡Es horrible, es horrible!... ¿Por qué lo consientes, Dios mío? ¡Esto es cien veces más cruel que la guerra!...

SANGARRA. ¡Al hospital de sangre por mujeres!...

TODOS. ¡Eso, eso!... (*Desaparecen del ventanal, se supone que para rodear el edificio y entrar en él.*)

MARFA. ¿Eh?... (*Entra Basilio, empavorecido.*)

BASILIO. ¡Entran, señora! ¡Entran a toda costa!... (*Pasado un momento de angustia en todos, entra el grupo de tártaros, con Sangarra y Mangú a la cabeza.*)

SANGARRA. ¡Viva Marfa Strogoff!

MANGU. (*Unos tártaros, con grandes vasijas de kumis, dan de beber a todo el mundo. El inglés rechaza indignado aquel ofrecimiento.*) Dínos, Marfa Strogoff. ¿Dónde hay mujeres para las fiestas del Emir?

MARFA. Esto es un hospital de sangre.

MANGU. ¿Dónde hay mujeres para las fiestas del Emir?

SANGARRA. ¡Esa enfermera, con nosotros!

MARFA. ¡No!

SANGARRA. ¡Sí!

MANGU. ¡Ja, ja, ja!... ¡Esa enfermera y todas las enfermeras, Sangarra!...

BASILIO. (*Mirando hacia la derecha, se vuelve aterrado hacia Marfa.*) Señora...

MARFA. ¿Qué, Basilio?

BASILIO. Señora, ¿verdad que no?...

MARFA. ¡Comprendo! ¡Es la hora del cambio de enfermeras, y por ellas temes, Basilio! ¡Pues yo no temo! ¡Que esas muchachas entren!...

MANGU. ¡Sí, sí!... ¡Ja, ja, ja!... (*Se apartan a un lado y entran las enfermeras, atemorizadas.*)

MARFA. En fila todas, hijas mías. Yo mando este ejército de la caridad, Mangú... ¡Si tu mandas ese otro de borrachos y de malas mujeres, ponte frente a mí!... ¡Vosotros hacéis los heridos y yo los curo! ¡Vosotros dais la muerte y yo la vida!... ¡Para eso necesito a estas mujeres!... ¡Pero no importa! ¡El Emir las necesita para su fiesta. Ahí las tienes, Mangú!... (A Sangarra.) Y tú, mujer, que nunca habrás sido madre ni esposa, ahí las tienes también. ¡Conque, en marcha, hijas mías, hacia los harenes del Emir!... ¡Qué vergüenza! ¡Qué supremo dolor!...

SANGARRA. ¡En marcha, sí!

MANGU. ¡No!... ¡En marcha nosotros!

SANGARRA. ¡Mangú!

MANGU. Nosotros, Sangarra. ¡Ja, ja, ja!... ¡A danzar, a beber más kumis, pero fuera del hospital de sangre!

SANGARRA. ¡Lo sabrá Iván Ogareff!

MANGU. Lo sabrá... pero ¡fuera del hospital de sangre! ¡Ja, ja, ja, ja!... (Todos se retiran por la derecha ante el decidido gesto del feroz Mangú.)

MARFA. (Levantando los ojos al cielo.) ¡Gracias, Señor!...

BASILIO. Los habéis conmovido, señora.

MARFA. (Como antes.) ¡Gracias, Dios mío!...

ENFERMERA 1.^a A usted todas las gracias, señora Strogoff.

ENFERMERA 2.^a A usted, que es nuestra madre.

MARFA. (Serena nuevamente.) No se hable más. (A las Enfermeras.) Id a las otras salas, a relevar a vuestras compañeras. (A Nadia.) ¿Eres tú la nueva? ¿La que logró escapar de los tártaros? Quédate. (Mutis las Enfermeras por la izquierda. Mister Harry con ellas, siempre escribiendo.) ¿De dónde vienes, hija mía?

NADIA. De Riga, señora.

MARFA. Y ¿adónde vas?

NADIA. Murió mi madre en Rusia, y voy a reunirme con mi padre en Irkustk.

MARFA. ¡Qué camino más largo!

NADIA. Pero Dios me deparó la compañía de un hombre, haciéndome feliz a su lado. ¡Qué hombre más bueno, señora!

MARFA. ¿Joven?

NADIA. Joven, apuesto y arrogante. Sin ser oficial del ejército ruso, lo parecía.

MARFA. Así tengo yo un hijo.

NADIA. Era todo nobleza y distinción.

MARFA. Como él.

NADIA. Formaba parte, sin duda, de una noble familia. Huérfano de padre, tenía su madre en Omsk. ¡Si yo pudiese encontrarla!

MARFA. Como mi hijo a mí. ¡Hijo mío querido! (*Con rápida sospecha.*) ¿Es? ¿Pero has dicho que ese hombre era apuesto, de familia noble, que parecía oficial, huérfano de padre y con su madre en Omsk? ¿De dónde venía?

NADIA. De Moscú.

MARFA. ¿Eh?... Su nombre, hija mía. ¡Pronto! ¡Su nombre!...

NADIA. Nicolás Korpanoff.

MARFA. ¡Ah!... (*Respirando ya.*) Bendito sea el Señor de los cielos y los santos Pedro y Pablo... Anda, hija mía. Las otras enfermeras te indicarán tu puesto, y, en la primera ocasión que podamos hacerlo, huirás camino de Irkustk con tu padre.

NADIA. Gracias, señora. (*Mutis por la izquierda. Marfa atiende una vez más a los heridos. Miguel asoma un momento tras el ventanal, contempla a su madre y le envía un beso con la punta de los dedos, desapareciendo. Pero como si este beso hubiese llegado al corazón de la madre, Marfa se vuelve hacia el ventanal, pareciéndole haber visto a su hijo.*)

MARFA. ¿Eh?... Parecía mi hijo... Sí, sí, hubiera jurado que... Yo voy detrás de ese hombre. (*Toma un manto, que se pone sobre los hombros, y se dirige al mutis por la derecha. Los Heridos 1.º y 2.º la llaman, pero Marfa hace mutis sin atenderles. Basilio se queda muy intrigado por la marcha de la señora. Entra por la izquierda Harry.*)

HARRY. ¿Y la señora Strogoff? ¿Dónde está la señora Strogoff?

BASILIO. No lo sé, míster Harry. Miró al ventanal y salió a la calle. Acaso ha visto algún herido, pero me sorprende que nada me dijera. Alguno trajimos aquí de ese modo, entre ella y yo.

HARRY. ¿Tú ser, el criado de confianza de la señora?

BASILIO. Sí, señor.

HARRY. Pues óyeme, Basilia. Yo querer darte un encargo terrible. (*Mutis ambos izquierda. Oyese dentro un gran alboroto: risas, gritos de «samukai», detonaicones, trompetazos...*)

VARIOS. ¡Sí, sí!... Sujetadle, detenedle... ¡Es el correo del Zar!

OGAREFF ¡Prended a ese hombre!

SANGARRA. ¡Viva Ogareff!

TODOS. ¡Viva!... (*Entra por la derecha un tropel de tártaros, con Sangarra y Ogareff a la cabeza, que traen a empujones a Miguel Strogoff.*)

TODOS. ¡Muera el correo del Zar!

OGAREFF. ¡Silencio!

MIGUEL. ¡No soy el correo del Zar!

OGAREFF. Como a tal te han prendido. ¿No es ésta tu casa?

MIGUEL. ¡No lo es!

OGAREFF. Te han visto asomado a esos cristales. Te han visto rondar la casa, como el que ansía entrar en ella y no se atreve.

MIGUEL. No soy el correo del Zar.

OGAREFF. Pero eres al menos Miguel Strogoff.

MIGUEL. No soy tampoco Miguel Strogoff.

OGAREFF. ¡Lo eres, miserable! Esta es la casa de tu madre, que por eso la rondabas; tu madre tiene un hijo en los correos del Zar, ¡y ese hijo eres tú!

MIGUEL. ¡Mientes!

OGAREFF. ¡A ver, Marfa Strogoff! ¡Criados de la casa! ¡Enfermeras del hospital de sangre!... (*Entran las enfermeras.*)

NADIA. ¿Eh?... ¡Nicolás!

MIGUEL. ¿Tú?... ¡Nadia de mi alma! (*Se precipitan uno en brazos del otro.*) ¡Mi nombre! Di mi nombre a estas gentes, que se obstinan en que soy el correo del Zar.

NADIA. Tu nombre es Nicolás Korpanoff.

OGAREFF. ¡No es ese su nombre! (*Entra Harry.*)

HARRY. ¡Sí ser ese su nombre!

OGAREFF. ¿Eh?

HARRY. El llamarse Nicolás Korpanoff... como mí llamarme mister Harry Blount, y ser periodista inglés. ¡Mi pasaporta! (*Lo muestra. A Miguel.*) Y osté enseñar su *podaroshna*. (*Miguel lo muestra.*)

OGAREFF. ¿Y por qué *podaroshna*? ¿Qué significa ese permiso especial?

MIGUEL. No soy lo que crees. Soy comerciante en Irkustk.

HARRY. Yo explicar. Este hombre tener en Irkustk las mercancías confiscadas por el Gran Duque. Reclamar al Gobierno y hallarlo injusto. Pero telégrafo no funcionar esta parte Siberia, y yo conseguir en Moscú un *podaroshna*, para que él llegue pronto y recobre sus mercancías. Dejadle libre, y en pago os dará, cunado entréis en Irkustk, la mitad de ellas.

OGAREFF. ¿Es eso cierto, Nicolás Korpanoff?

MIGUEL. Es eso cierto, Iván Ogareff.

HARRY. ¿Es que osté tomarme a mí por un andaluzo?

OGAREFF. Pues libre quedas. Soltad a ese hombre. En cuanto a esa mujer...

MIGUEL. ¿Eh?

OGAREFF. Que siga como enfermera en el hospital de sangre.

MIGUEL. Gracias, Iván Ogareff. A ser yo oficial del ejército ruso, y correo del Zar, ¿hubieras escapado con vida de la casa de postas?

OGAREFF. ¿Eh?... ¡Ah, sí! Recuerdo. ¡Paso, muchachos! ¡Paso a un valiente!... ¡Ja, ja, ja, ja!

MIGUEL. (Con ira reconcentrada.) Pero, ¿qué puede hacer contra ti... un pobre comerciante?

OGAREFF. ¡Ja, ja, ja, ja!...

MIGUEL. ¡Adiós, Iván Ogareff!... ¡Adiós a todos! (Se dispone al mutis por la derecha, cuando entra Marfa ;

MARFA. (Echándosele al cuello.) ¡Hijo! ¡Hijo mío!...

MIGUEL. ¿Eh?... ¿Qué decís, señora?

MARFA. ¡Miguel! ¡Pero Miguel! ¡Hijo de mi alma!...

MIGUEL. ¡Quitad!... ¡Dejadme pasar! Yo no soy vuestro hijo.

MARFA. Sí, sí. Lo eres. ¡Eres Miguel Strogoff! Mi Miguel.

MIGUEL. No lo soy, señora. Deliráis, sin duda. La guerra ha debido enloqueceros. Acaso perdisteis a vuestro hijo, y veis su cara en la de todos 'os hombres

MARFA. No, no, no. Tú eres mi hijo. Y si delante de todos dices que yo no soy tu madre, es porque reniegas de mí. ¿Qué te hice yo, hijo de mi alma, para que así te portes? Te lleve en mis entrañas; he ofrecido por ti mi vida muchas veces; te he querido siempre, hijo mío. ¿Qué te hice yo? ¿Qué te hice yo?...

MIGUEL. (Con gran entereza.) Repito que os equivocáis, señora.

NADIA. Este es el hombre de que os hablaba: es Nicolás Korpanoff.

HARRY. ¡En efecto, ser Nicolás Korpanoff!

MARFA. ¿Eh?... ¡Dios santo!... Entonces... ¿Será acaso verdad que he enloquecido? Sí, sí, se oscurecen mis ojos. Se nubla mi razón. ¡Hijo..., hijo! (Cae desplomada en el suelo. Miguel hace ademán de inclinarse sobre ella, pero se repone.)

OGAREFF. ¡Vamos, Nicolás Korpanoff, ja, ja, ja! ¡Socorre a esa mujer, si es tu madre!

MIGUEL. Me incliné sobre ella, por un impulso de lástima y de humanidad. Pero no es mi madre.

OGAREFF. ¿No lo es?

MIGUEL. No lo es.

OGAREFF. Mira, Nicolás Korpanoff, que acaso esté más que desmayada: que tal vez esté muerta.

MIGUEL. (Horriblemente desencajado.) Muerta o no, yo sigo mi camino... porque nada tengo que ver... con esa mujer. (Mutis.)

JORNADA TERCERA

LAS FIESTAS DE AMOR Y DE SANGRE

CUADRO SÉPTIMO

¡AZOTAD A ESA MUJER!

Telón corto, de bosque, representando el campamento de los prisioneros.

Hombres y mujeres, prisioneros todos, conversan en grupos o duermen. Visten unos sencillamente y otros van cubiertos de harapos. Es un cuadro triste, de miseria y dolor. MARFA STROGOFF y NADIA están juntas, a un lado. SANGARRA, vestida como las demás mujeres, va de un grupo a otro, observándolo, espiándolo todo. Marfa, ensimismada, como viendo algo lejano, gratisimo para su corazón, sonríe con sonrisa de madre. Nadia la contempla con cierto estupor.

NADIA. ¿Sonríe usted, señora? En medio de este cuadro de dolor y miseria, de esclavitud y de amargura, ¿usted sonríe?

MARFA. ¿Por qué no, querida Nadia?

NADIA. Pero... Esto es un campamento de prisioneros; estamos todos a merced de los tártaros... ¿Puede haber algo más triste?

MARFA. Sí para mí. Por eso no me importan privaciones ni tormentos, ni la muerte misma, y sonrío porque pienso en él... y en que él se salvó...

NADIA. ¡El...!

MARFA. Nicolás Korpanoff, como tú le llamas.

NADIA. Con el nombre que él mismo me dió, señora.

MARFA. Y que me dió a mí. Pero mis ojos de madre supieron descubrirle. Y aunque el impulso de mi corazón estuvo a punto de perderle, he comprendido luego que una misión muy alta llevaba... (Con irónica alegría.) ¡Nicolás Korpanoff!

SANGARRA. (Llegándose a ellas en este preciso momento hipócrita, cautelosa.) ¿Qué decís, noble anciana, de Miguel Strogoff?

MARFA. Nada en verdad. No nombré siquiera a mi hijo.

SANGARRA. ¿Acaso no hablabais del hombre de aquel día?

MARFA. ¿Y qué tiene que ver ese hombre con mi hijo? Si

embargo, le estimo, porque quiero a su hermana: esta muchacha y yo no hablábamos de otro que de Nicolás Korpanoff.

SANGARRA. ¿Es cierto, pobre Nadia?

NADIA. ¿Por qué no ha de serlo, y a qué pronuncias mi nombre?

SANGARRA. ¡Qué pena la mía, al ver que seguís desconfiando de mí!... Soy una prisionera lo mismo que vosotras.

MARFA. No se me olvida que quisiste asaltar el hospital de sangre.

SANGARRA. Empujada por Ogareff, que era mi prometido; pero con él me indispuso Mangú, otra mujer de los harenes del Emir ha ocupado mi puesto, y yo, que todo lo tuve, todo lo he perdido. ¡Cien veces soy más desgraciada que vosotras!... (*Vase de ellas, simulando una gran aflicción.*)

MARFA. (*Estrechando a Nadia, presas ambas de un mismo presentimiento doloroso.*) Esa mujer, hija mía...

NADIA. Esa mujer... (*Pausa.*)

TARTARO. (*Entra, con un látigo, por la derecha.*) ¡Arriba, prisioneros! ¡En fila todos!... Viene más gente al campamento. (*Los prisioneros se levantan y alinean, bajo los látigos de los tártaros. Nadia y Marfa siguen juntas, medio abrazadas, a la izquierda. Sangarra queda, en su papel, a la derecha.*) ¡Aquí los demás!... Todos aquí, para esperar la llegada del coronel Ogareff. ¡En fila! ¡En fila!... (*Entran por la derecha más prisioneros, entre los cuales van Harry, Alcides y Miguel Strogoff.*)

ALCIDES. ¡Cuidado con nosotros! ¡Somos periodistas! Cualquiera atropello se sabrá en París y lo conocerá toda Europa.

MARFA. (*Bajo a Nadia.*) ¡El!

NADIA. (*Lo mismo a Marfa, refiriéndose a Miguel.*) El...

TART. (*Acabando de ordenar a los recién llegados.*) ¡En fila se ha dicho!... (*A Miguel.*) ¿No oíste tú, ruso cobarde? (*Le da con el látigo en un hombro. Miguel se pone en fila, sin rechistar.*)

MARFA. (*Viéndolo.*) ¿Eh? Pero ¿es que...? (*Queriendo ir a él.*)

NADIA. (*Conteniéndola.*) Por favor, señora...

MARFA. ¡¡Malvado!!

SANGARRA. (*Viéndolo, para sí.*) ¡Es su hijo, no me cabe duda. Pero mientras él no confiese...

TART. ¡Vamos! ¡Quietos todos!... ¡Ese anciano de ahí!... ¡Esa otra muchacha!... ¡Silencio! ¡Llega el coronel Ogareff! (*Hay una pausa. Los tártaros esperan, inmóviles, la llegada de Ogareff. Este entra por la derecha con un corto séquito.*)

OGAREFF. ¿Están aquí todos los prisioneros?

TART. Todos, coronel.

OGAREFF. (A Harry y Alcides.) ¿Sois vosotros los correspondientes de guerra?

ALCIDES. Lo somos.

OGAREFF. ¡Pues ahí van vuestros documentos. ¡Quedáis en libertad, a condición de desaparecer en seguida de mi vista!

ALCIDES. ¿No podemos acompañar a los prisioneros hasta Tomsk?

OGAREFF. ¡No podéis. ¡Fuera de aquí estos hombres! (Alcides y Harry se van por la derecha.) ¿Decís que están aquí todos los prisioneros?

TART. Todos, coronel.

OGAREFF. ¿Habéis separado bien las mujeres que lo valgan para las fiestas del Emir?

TART. ¡Las hemos separado, coronel Ogareff!

OGAREFF. ¡Mientes!... Ahí veo, entre las mujeres, una que ha de servirnos para la fiesta. (Refiriéndose a una jovencita que está, desde el principio del cuadro, entre los prisioneros.)

JOVENCITA. (Que está con un anciano.) Por caridad, señor. No puedo abandonar a mi padre... Está muy enfermo. ¡Matadnos a los dos antes de separarnos!...

OGAREFF. ¡Arrancadla de su padre a latigazos!... (Los tártaros la separan a la fuerza.)

MIGUEL. (Viendo que dan latigazos a la jovencita y a su padre.) ¡No! ¡Eso no!... ¡Eso es de cobardes!...

SANGARRA. (Bajo a Ogareff.) ¿No oíste, Ogareff? Ya sé el medio de que Strogoff confiese.

OGAREFF. ¿Cómo, Sangarra?

SANGARRA. ¡Si protesta por una desconocida, más lo hará por su madre!... ¿Entiendes?

OGAREFF. Entiendo. (A los Tártaros 1.º y 2.º) ¡Por allá con esa muchacha, camino de Tomsk! (Hacen mutis ellos, con la jovencita, por la izquierda.) Y ahora, vamos con la segunda parte de la fiesta, que es venganza y es dolor, es capricho y es sangre. La vuestra va a correr ante el Emir, prisioneros, pero antes de que salgamos todos camino de Tomsk..., quiero hacer a Marfa Strogoff unas preguntas. ¡Ja, ja, ja!... ¡Sacadla de la fila!...

NADIA. (Estrechándose contra ella.) ¡No!

MARFA. (Con gran serenidad.) ¿Por qué no, hija mía? (Ella misma se pone frente a Ogareff.) ¿Qué quieres de mí, coronel Ogareff?

OGAREFF. Como sé ciertamente que tu hijo está entre estos prisioneros..., quiero que tú misma lo señales.

MARFA. No entiendo bien. ¿Quieres que señale como hijo a cualquiera de estos hombres?

OGAREFF. A quien lo sea.

MARFA. Y no siéndolo ninguno, ¿quieres que señale también?
OGAREFF. ¡Quiero que obedezcas mi orden!

MARFA. ¿Qué más me daba, si mi hijo estuviera entre los prisioneros?

OGAREFF. ¿Será preciso que yo te lo señale?

MARFA. ¡No te referirás, supongo, a Nicolás Korpanoff!

OGAREFF. ¡Ese es tu hijo!

MARFA. Perdona, Iván: mi hijo se llama Miguel Strogoff.

OGAREFF. Pero es ese, con el nombre supuesto.

MARFA. ¿No lleva sus documentos en regla?

OGAREFF. El Gobierno le ha dado un pasaporte falso.

MARFA. Eso ya no me incumbe.

OGAREFF. Y tú misma, en el hospital de sangre, le has echado los brazos al cuello.

MARFA. Porque creí que era mi hijo. Existe una enfermedad en mi familia, por la cual las mujeres, de pensar en los seres amados y de verlos con los ojos del alma, tanto los retenemos en nuestras pupilas, que acabamos por verlos en personas extrañas.

OGAREFF. ¿Eh?... No me explico ese fenómeno, Marfa Strogoff.

MARFA. Para explicártelo..., tendrías que ser madre como yo.

SANGARRA. (*Bajo, a Ogareff.*) ¡A la prueba en seguida!

OGAREFF. Pues bien: un medio tengo para saber si ese hombre es tu hijo.

MARFA. No lo es.

OGAREFF. ¡Tú misma lo dirás!...

MARFA. No lo diré.

OGAREFF. ¡Con el tormento!

MARFA. No.

OGAREFF. ¡Con el látigo!

MARFA. Tampoco.

OGAREFF. ¡Con la muerte!

MARFA. (*Sin perder la serenidad.*) Ni con ella.

OGAREFF. ¿Que no, dices?

SANGARRA. (*Bajo a él.*) Adelante, adelante.

OGAREFF. Ahora lo veremos. ¡Azotad a esa mujer!

MARFA. Azotadme. (*Los tártaros que quedan, entre ellos uno ferocísimo, se abalanzan sobre ella.*) ¿A qué tantos hombres para una pobre mujer indefensa y que se ofrece al tormento? ¿No bastan un hombre y un látigo? (*Se separan los demás, quedando el feroz con el látigo en alto. Marfa se ha inclinado ella misma. Miguel lucha desesperadamente consigo mismo.*)

OGAREFF. ¡A ella, hasta que yo ordene que pares!... (*El tártaro descarga su látigo sobre la espalda de Marfa. Al tercer lati-*

gazo, Miguel no puede más e interviene con violencia, derribando al tártaro de un puntapié y arrebatándole el látigo.)

MIGUEL. ¡¡No!!!... ¡¡Basta!!!... ¡ Quien ordena que pare soy yo! ¡¡ Soy yo, Miguel Strogoff, hijo de esta mujer!! (Le apresan de nuevo y le sujetan fuertemente.)

OGAREFF. ¡ Ah! ¡ Ja, ja, ja! Te vencí. Poco me importaba la confesión de tu madre, que la hizo ya en su palacio de Omsk. ¡ Quería la tuya, Miguel Strogoff! ¡ La tuya, Correo del Zar!... ¡ Cómo esperaba este momento! ¡ Ja, ja, ja!

MIGUEL. ¡ Y yo también, Iván Ogareff..., para devolverte la injuria de aquel día en la casa de postas! ¡ Tu látigo entonces en mi cara! ¡ El mío ahora en la tuya! ¡¡ Así, Iván Ogareff, así!! (Se desprende de nuevo y cruza con el látigo; que aun conservaba, el rostro de Ogareff.)

OGAREFF. ¡¡¡ Oh!!! (Horriblemente furioso.) ¡¡ Contra él todos!! ¡¡ Arrancadle las ropas!!!... ¡ Azotadle hasta que cubra con su sangre el suelo! ¡ Haced tiras de su piel, y ovillos de su carne, y pedazos sangrientos de su cuerpo todo!... ¡¡ Pronto, pronto!! (Se abalanzan todos sobre él, sus ropas caen en jirones, y cae entonces al suelo la carta del Zar. Ogareff, que lo ve, dice radiante de alegría.) ¿ Eh?... ¡ Dádmelo! ¡ Venga eso que ha caído!... ¡¡ Es el mensaje del Zar!! (Lo coge y examina.) ¡ Bien! ¡ Bien por tí, Miguel Strogoff!... ¡ Ya tiene la fiesta del Emir de Tartaria un espectáculo de sangre para después de las danzas y de las músicas!... ¡ En marcha todos hacia Tomsk!... (Todos se ponen en movimiento hacia la izquierda.) ¡ Feofar Khan, Emir de todos los tártaros, futuro dueño de Siberia y de Europa! ¡ Yo, que te he llevado tantas mujeres para nuestra fiesta, te llevo también un hombre!... ¡¡ para nuestra venganza!!!... (Inician el mutis por la derecha.)

CUADRO VIII

EN LA GRAN TIENDA TARTARA

Ante la tienda del Emir de Tartaria, en Tomsk, formada por una gran cortina, con apertura en su centro.

En escena están MANGÚ, YESEUTKÉ y VOLST, más que ebrios.

MANGU. ¡ Ja, ja, ja! ¡ Y vivan los kirguises! ¡ No hay tártaros como los kirguises! ¡ Decid todos que vivan!

TODOS. ¡ Vivan!...

MANGU. Y ahora..., silencio. ¡ Estamos en la tienda del Emir de Tartaria, y yo espero aquí a una de sus mujeres.

YESEUTKE, ¿A cuál?

VOLST. ¿A qué mujer?

MANGU. Una mujer que va a danzar en la fiesta, y que ha puesto en ella sus ojos Mangú. ¡Ja, ja, ja, ja!...

VOLST. Pero, ¿cuál?

YESEUTKE. Dinos su nombre...

MANGU. ¡Chist!... Que nadie se entere: que nadie lo diga, si no quiere habérselas con mi cuchillo: ¡Sangarra! (Los otros rien.) ¿De qué reís?...

YESEUTKE. ¡Desgraciado!

MANGU. ¿Por qué lo soy?

VOLST. ¡Sangarra es la prometida de Ogareff!

YESEUTKE. Del coronel Iván Ogareff.

VOLST. ¡Del jefe que ha sabido llevarnos a la victoria!

YESEUTKE. De quien manda plenamente en el corazón del Emir.

MANGU. ¡Bah! ¿Y qué importa? ¿Qué más le da a Mangú?... ¡En la fiesta de hoy quiero quitarle a Ogareff el mando y la mujer!... (En la entrada de la tienda, Sangarra.)

SANGARRA. ¿Está todo preparadõ para recibir al Emir?

YESEUTKE. Lo está, Sangarra.

VOLST. Lo está. (Los dos se tambalean un poco, pero procuran y consiguen mantener el equilibrio, conservándose dignos y respetuosos ante Sangarra, a la que temen mucho por ser la prometida de Ogareff, y en contraste con su compañero Mangú.)

MANGU. ¡Sangarra! (Mirando con ojos libidinosos.)

SANGARRA. ¡Pues salid de su tienda! El Emir está recorriendo la gran explanada. Delante de él danzan las mujeres y tocan las músicas. Y ostentan sus trajes vistosos los jefes de las tribus... (Los dos tártaros se retiran. Mangú permanece inmóvil.) ¿Por qué no sales como los otros, Mangú? ¡Habla! ¿Por qué no obedeces?...

MANGU. Un momento, Sangarra. Cosa es eso del querer y del no querer. Quiero obedecer... y no quiero, ¡ja, ja, ja! ¿Tú me entiendes?...

SANGARRA. No.

MANGU. ¡¡Sí!!

SANGARRA. (Serena, impávida.) ¡Desdichado!

MANGU. ¿Eh? (Cortándole el paso al exterior.) ¿Tú me llamas así?

SANGARRA. ¡Paso! ¡Abre paso a Sangarra!...

MANGU. ¡No será sin la tenaza de mis brazos, mujer! ¡No será sin mis labios en los tuyos ni sin mi pecho en tu pecho!

SANGARRA. ¡Atrás!

MANGU. ¡Atrás, no!... ¡Conmigo, sí! ¡Mando en los kir-

guises! ¡El Emir es mío si yo quiero! ¡Tú puedes ser la reina de Tartaria!...

SANGARRA. ¡Quita! ¡Aparta!

MANGU. ¡¡No!! (La aprisiona entre sus brazos, intentando besarla.)

SANGARRA. ¡Ogareff! ¡Ogareff!...

OGAREFF. (En el foro.) ¡¡Oh!!!... ¡Mangú!

MANGU. ¿Quién viene a disputarme mi presa? ¿Quién viene a quitarme lo mío?

OGAREFF. Por no tener a mano mi puñal, tiene que ser, con gran honor para ti, mi espada. (Le atraviesa con ella. Mangú rueda por el suelo.)

MANGU. ¡Samukai! ¡Kirguises!... ¡A mí todas las tribus! ¡¡Samukai!!!...

SANGARRA. ¿Qué has hecho, Ogareff? Estamos perdidos. La persona de Mangú es sagrada para el Emir... Habremos caído en su desgracia, y Miguel Strogoff se vengará de nosotros.

OGAREFF. ¡No temas, Sangarra! Si esto no es la muerte; ¡es el triunfo!... (Dentro se oyen voces, con algo de música y trompetas lejanas.)

UNA VOZ. ¡El Emir!... ¡Paso al Emir!... ¡Viva Feofar-Khan!

TODOS. ¡Viva!...

SANGARRA. (Aterrada.) El Emir... Entrarán los jefes de las tribus. Verán muerto a Mangú... ¿Por qué no huimos, Ogareff?

OGAREFF. ¡Quieta a mi lado! ¡¡Quieta digo!!!...

VOZ. ¡¡Viva el Emir!!!...

TODOS ¡¡Viva!! (Arrecian músicas y trompetas en la lejanía. Empiezan a entrar en la tienda los jefes de las nueve principales tribus de Tartaria. Todos se horrorizan al ver a Mangú. Tras todos ellos entra Feofar-Khan, el Emir.)

EMIR. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué significa un hombre apuñalado en mi tienda?...

OGAREFF. Señor... ¡Ha sido el jefe de tus tropas! ¡Ha sido Iván Ogareff!... En esta mujer, que es mía, puso sus ojos y sus labios... ¡y le maté!...

EMIR. ¿Tú?

OGAREFF. Comprendo que sobra un hombre en vuestra presencia, muerto o vivo, él o yo. Decid a quién hay que retirar, y que a él se lo lleven... o me prendan a mí...

EMIR. (Tras una breve pausa.) Llévao a Mangú.

YESEUTKE. ¡Viva el Emir, y viva Iván Ogareff!

TODOS. ¡¡Vivan!! (Cargan unos cuantos, no jefes de tribus, con el cuerpo de Mangú, y se lo llevan.)

OGAREFF. Gracias por vuestra justicia, señor. Ahora, que la fiesta empiece: primero, con el desfile de los harenes y las músicas y los bailes, y luego con un sacrificio que os preparo para el Dios de las venganzas... Quitense las paredes a la tienda de nuestro Señor el Emir de Tartaria, y vengan todas las mujeres que yo traje a la fiesta... *(Se descorren las cortinas del foro, viéndose el campamento, limitado más atrás por una gran cortina o tapiz, a descubrir también oportunamente. La música ataca variados motivos orientales, y los jefes de las tribus se colocan en sitio que encuadre con las mujeres de sus tribus respectivas, que entran y evolucionan, ofreciendo un gran aspecto de enorme visualidad. Sangarra danza en el centro de todas, llegando a formar un gran cuadro entre los jefes de las tribus y las bayaderas. Alcides y Harry van de un lado para otro tomando notas de la fiesta en sus carnets de periodistas.)*

EMIR. *(A Ogareff, a quien ha sentado junto a él, casi a los pies de su trono.)* Bien danzan nuestras mujeres, Ogareff.

OGAREFF. Así responden al valor de nuestros hombres, señor. Que no todo es placer y «kumis» en la fiesta. El valor del guerrero está asimismo vigilante, y sobre la música de las danzarinas se alza también la de las trompetas; ¡Mirad, si no! *(Se alza la cortina del foro que lo cubre, o se descorre la cortina, y aparecen los soldados tártaros, que lanzan al aire el terrible canto de guerra de sus clarines, formando esta aparición el llamado*

CUADRO IX

LAS FALANGES HUMANAS

EMIR. Bien... Bien por mis hombres. ¡«Kumis» del Emir para todos! Pero no son estas horas de guerra, sino de placer y alegría. No ocupe el campamento más que el perfume y la danza de las mujeres...

OGAREFF. ¡Bien por el Emir!

YESEUTKE. ¡Viva el Emir!

TODOS. ¡¡Viva!!!... *(Baja la cortina del foro. Sangarra se dirige al Emir y le habla un instante en voz baja. El Emir se levanta indignado y suspende la fiesta. Todos se repliegan a su voz.)*

EMIR. ¿Es cierto eso, mujer? ¡La prueba en seguida!

SANGARRA. Tomad, señor. *(Le entrega la carta cogida a Miguel Strogoff.)*

EMIR. *(Después de examinarlo.)* ¡¡Oh!!!... ¡Basta! ¡Escu-

chad todos! ¡Tenemos entre nosotros un espía enemigo! ¡Tenemos entre nosotros un correo del Zar!

TODOS. ¿Eh?... (Aterrados.)

OGAREFF. ¡Prisionero, por fortuna, con su madre y su amada, gran señor! Y este era el sacrificio que yo ofrecía al Dios de la venganza.

EMIR. ¡Sí, sí!... ¡Que vengan a mi presencia esos prisioneros!... (Van por ellos.) ¡Entretanto, que consulten el Corán nuestros sacerdotes! ¡Y que caiga prontamente sobre el intruso la justicia de Dios! (Entran a Miguel, Marfa y Nadia.) Avanzad. ¿Eres tú el espía?

MIGUEL. No soy espía.

EMIR. ¿Eres tú el correo del Zar?

MIGUEL. Eso soy.

EMIR. ¡Pues siendo el Zar nuestro enemigo, un correo suyo es para nosotros un espía!

MIGUEL. Para vosotros, sí; para mí, no.

EMIR. Como tal vas a ser juzgado, y con mayor rigor por hablar de ese modo el Emir de Tartaria.

MIGUEL. No empleo otro lenguaje con los hombres.

EMIR. ¡Conmigo, sí!

MIGUEL. ¡Contigo, no!

EMIR. ¿Qué dices, miserable? ¡Tu frente en el polvo! ¡Tu frente a mis pies!

MIGUEL. No hundo la frente más que ante mis soberanos, y no tengo otros que mi Dios en el cielo y mi Zar en la tierra.

EMIR. ¡Pues húndela aquí también! ¡Y contigo esas mujeres!

MIGUEL. ¡No!

EMIR. ¡Yo te lo digo!

MIGUEL. ¡¡No!!

EMIR. ¡¡Yo te lo mando!!

MIGUEL. ¡¡No!!

EMIR. ¿Eh? (Presa de un furor salvaje.) ¡¡Bien está, correo del Emperador!!... ¡¡Terrible va a ser mi venganza!! ¡¡Terrible va a ser mi justicia!!..... ¡Cerrad ahí!... ¡Quede yo sólo aquí con los jefes de mis tribus! Y que en torno de mi tienda se haga el silencio, y no se oiga más que la palabra de los jueces y de los sacerdotes.

EL DOLOR DE LOS DOLORES: ¡¡CIEGO!!

Cierran la tienda, como al empezar el cuadro. El momento se hace solemne, y a tono con él sigue la música. Hay una pausa. En la tienda no han quedado más que los jefes de tribu, Ogareff y Sangarra, los prisioneros, Yeseutke y Volst, con algunos criados.

MARFA. ¡Hijo, hijo mío!... ¿Qué van a hacer contigo?

MIGUEL. ¿Qué más pueden hacer... que darme la muerte?

EMIR. ¡La muerte es poco, Miguel Strogoff! ¡El Corán tiene sentencias terribles, y es el Corán quien va a juzgarte ahora!... ¡Ponedlo ante mí, sacerdotes! (*Entran los sacerdotes con el libro santo. Todo lo hacen solemnemente.*) ¡Jefes de mis tribus! Mirad cómo ciebro mis ojos, y buscan mis manos al azar una página, y mis dedos a ciegas un versículo... ¡Silencio todos! Nuestro libro santo va a condenar a este hombre... (*Haciéndolo y señalando.*) Aquí... Donde señale, gran sacerdote... (*Leyendo.*) «Sus ojos se oscurecerán como las estrellas bajo la nube... y no verán jamás las cosas de la tierra.»

MARFA. ¿Eh?... ¿Ciego? ¿Ciego mi hijo?

MIGUEL. ¡¡Madre!! (*Por un momento se sueltan y abrazan. Nadia también se une a ellos.*)

EMIR. ¡El Corán ha condenado! ¡Ni una palabra en nuestros labios. En este silencio... ¡sólo Dios es quien habla! (*Sobre la música, y en un silencio completo de toda palabra humana, se prepara lo necesario para el sacrificio, se sujeta a Miguel, se trae el recipiente siniestro con el fuego, se pone el sable corvo sobre él. Alguien quiere llevarse a Marfa y Nadia, pero ellas se resisten.*)

MIGUEL. ¡¡No!! ¡No os las llevéis! ¡Son las mujeres de mi corazón! ¡Dejadme que las vea!... ¡Quema mis ojos, verdugo del Emir, pero deja que pierdan su vida... mirando los ojos de mi madre!...

MARFA. ¡¡Hijo!! ¡Hijo mío!...

MIGUEL. (*Viendo manipular al verdugo y prepararlo todo.*) ¡¡Madre!!... ¡Un beso más!... ¡El último beso que te doy... con la luz de mis ojos!... (*Nuevo silencio. El sacrificio se consuma. Marfa cae desmayada. A una señal del Emir, todos se retiran. Ogareff se llega a la columna y desenvaina su sable. El Emir le increpa.*)

EMIR. ¡Quietos, Iván Ogareff! ¿Qué vas a hacer? ¡El Corán, a los locos y a los ciegos... los declara sagrados!

OGAREFF. Iba a cortar sus cuerdas, señor... *(Sale el Emir. Cortándolas.)* ¡Marcaste mi cara con el infame knut! Pero tus ojos... ya no verán su marca. ¡Ja, ja, ja!... *(Mutis.)*

MIGUEL. *(Anda unos pasos, ciego, hasta tropezar con su madre, a la que levanta.)* ¡Madre!...

MARFA. ¡Hijo!

MIGUEL. *(La estrecha con una mano, mientras busca con otra en el vacío.)* ¡Madre..., madre mía!

NADIA. *(Comprendiendo que es a ella a quien busca, se acerca.)* Miguel...

MIGUEL. *(Tristemente contento.)* ¡Nadia!... ¡Nadia de mi alma!

MARFA. ¿Sufres mucho, hijo mío?... ¡Qué dolor tan horrible!...

MIGUEL. Calla, madre. No aumentes ese dolor con tus lágrimas..., que ya no puedo ver. *(La música vuelve a recobrar su ritmo de fiesta y de guerra, que enervan y levantan el ánimo de Miguel. Mientras su frase, la música va piano y como lejania, para luego, al mutis de los tres, borbotar, estrepitosa y alegre.)*

NADIA. Miguel... Miguel...

MIGUEL. *(Prestando atención a la música.)* ¡Chist!... ¡Cállad las dos. ¿No oís, mujeres de mi vida?

MARFA. ¡Es la fiesta!... ¡Que callen esos hombres!... ¡Que no se rían más esas mujeres!... ¡Que respeten todos el dolor de una madre!

MIGUEL. ¡No!... ¡No!... ¡Esa música de placer y de combate nos dicen que ellos han vuelto a la fiesta, y nos manda a nosotros que volvamos a nuestro deber!

MARFA. Pero, hijo... ¿Pretendes, ciego y todo...?

MIGUEL. He prometido llegar a Irkustk, madre mía..., y llegaré. Vuelve tú a nuestra casa, y pide en ella a Dios que alumbré en las tinieblas mis pasos.

MARFA. ¿Pero quién te guiará, Miguel, hijo mío?... Dí. Con testa... ¿No respondes?...

NADIA. Yo, señora. *(Se echa a su cuello.)*

MIGUEL. ¡¡Nadia!!... ¡Y ahora, salgamos!... Ven, madre, hasta el camino. «El Corán, a los locos y a los ciegos... los declara sagrados», ha dicho Feofar... *(Dirigiéndose con ellas al mutis, mientras la música va elevando su estruendo.)* ¡Llénalos todo, fiesta de los tártaros!... Por entre tus hombres que beben, y tus mujeres que danzan... va a pasar este pobre ciego, a cumplir su deber, Emir de Tartaria..., ¡¡a cumplir su deber!! *(Mutis.)*

La música recobra su estruendo y animación de cuando la fiesta. Caen el telón, y al volver a levantarse, aparecen las mujeres y jefes de las tribus en el mismo cuadro de vida y colorido de antes. Vuelve a caer el telón, y al alzarse de nuevo, se ha descornado ya la última cortina del foro, y aparecen los caballos y sus jinetes, con el eco horrisono de sus trompetas.)

TELÓN

JORNADA CUARTA

¡BIEN POR MIGUEL STROGOFF!

CUADRO XI

EL BOSQUE EN LLAMAS

Bosque cercano a Irkustk. De noche.

Todo el cuadro es mímico, sobre música. Entran unos cuantos tártaros, con antorchas encendidas, que prenden fuego al bosque después de evolucionar por escena. Desaparecidos ellos, tras una pausa, entran Miguel y Nadia, ésta llevando del brazo a Miguel. Caminan lentamente, Miguel con la frente erguida y el brazo extendido, como quien va decidido a cumplir una misión, y Nadia, rendida, desfallecida, exhausta. A los pocos pasos, Nadia cae extenuada. Miguel se inclina sobre ella, desesperado, para reanimarla, para volverla a la vida, si es preciso. En este momento se oye el crepitar de las llamas que incendian el bosque. Luego de prestar oído a aquel extraño fenómeno, Miguel levanta del suelo a Nadia, y con ella en brazos, echa a andar lentamente, siguiendo su camino, pero tropieza con la pared de una casucha y busca la puerta, entrando en ella. El incendio avanza, avanza, devastándolo todo, y haciendo presa en la casita, que acaba por hundirse. De entre sus escombros salen Miguel y Nadia, ensangrentados, y siguen su camino...

¡CORREO DEL ZAR!

Salón en el palacio del Gobernador de Siberia. Amplia chimenea al foro, con cristalería a ambos lados y encima, que deja ver las cúpulas y torres como minaretes de la ciudad de Irkustk. Empiezan a caer copos de nieve, durante el transcurso del cuadro, hasta que acaba nevando copiosamente. De día.

Sentados en una gran mesa están los señores que forman el Consejo permanente de Guerra y de Defensa de la ciudad, civiles y militares, presididos por Su Alteza el GRAN DUQUE, hermano del Zar. Figuran entre ellos el GENERAL VERANZOFF, el JEFE DE MERCADERES, el INSPECTOR DE POLICÍA, etc. Detrás del Gran Duque, y uno a cada lado, ambos de pie, un Edecán y un Oficial de Ordenes. Todos permanecen callados. El Duque toma notas rápidamente.

GRAN DUQUE. (*Terminando de escribir.*) Perdonad, señores, que haya interrumpido mi relato. Necesitaba tomar unas notas, para enviarlas, en cuanto sea posible, a mi hermano el Zar. (*Todos saludan.*) Como iba diciendo, después de mi viaje a las principales ciudades de Siberia, me disponía a tomar el camino de Europa, cuando llegaron las primeras noticias de la invasión de los tártaros. Pedí refuerzos a Moscú y a San Petersburgo; pero, por desgracia para todos, fué cortado el telégrafo. Llevamos así muchos días separados del resto del mundo y abandonados a nuestras fuerzas. Sin embargo, Dios está con nosotros, y es necesario poner nuestra espada y nuestro corazón en la brecha, para que la ciudad resista una vez más.

VERANZOFF. Alteza: hay un millar de hombres en Irkustk, ansiosos de correr a la línea de fuego, y salvar con su cuerpo, si es preciso, a las tropas de la guarnición.

G. DUQUE. ¿Quiénes son esos hombres?

VERANZOFF. Los deportados políticos.

G. DUQUE. ¿Los traidores a la causa del Zar?

VERANZOFF. Pero leales a la causa de la patria, y que por eso vibran y ofrecen su sangre a la patria en peligro.

G. DUQUE. ¿Quién es capaz de mandar a esos hombres?

VERANZOFF. Uno de ellos mismos, a quien todos obedecen.

G. DUQUE. Su nombre.

VERANZOFF. Wasili Fedor.

G. DUQUE. Que se le mande llamar.

VERANZOFF. En la antesala aguarda, Alteza.

G. DUQUE. Que entre. (*Veranzoff hace mutis y vuelve a poco abriendo paso a Wasili Fedor.*)

WASILI. Alteza...

G. DUQUE. ¿Eres desterrado político?

WASILI. Lo soy.

G. DUQUE. ¿Cuánto tiempo hace?

WASILI. Cuatro años, Alteza.

G. DUQUE. Tu profesión en Rusia y en Siberia.

WASILI. Médico: curar, siempre, allá como aquí, aliviar el dolor humano.

G. DUQUE. ¿Y estás dispuesto a luchar en el frente?

WASILI. Lo estoy.

G. DUQUE. ¿Con todos tus hombres?

WASILI. Con todos.

G. DUQUE. ¿Respondes de ellos?

WASILI. Como de mí mismo, Alteza.

G. DUQUE. ¿No mientes, Wasili Fedor?

WASILI. Gobernador de Siberia, por no mentir he sido condenado. Odio a la mentira como al primero de los crimeneses; y una hija que tengo, Nadia Fedor, está educada en los mismos principios de amor a la verdad.

G. DUQUE. ¿Y esa hija...?

WASILI. Salió de Rusia, en dirección aquí, para pasar conmigo los años que de vida me quedan, y no ha llegado aún... Perdonad este temblor en la voz de un padre desgraciado, que teme haber perdido a su hija entre los tártaros. Pero no es como padre como quiere lanzarse a la batalla, sino como hijo de Rusia, que está para él y para los míos por encima de todos los amores.

G. DUQUE. Bien por ti, comandante Fedor

WASILI. (*Creuyendo haber oído mal.*) ¿Eh?

G. DUQUE. Mi mano, comandante Fedor. La patria y el Zar, por mi boca, os absuelven de vuestros delitos y os declaran libres hijos de Rusia en Siberia.

WASILI. ¡Oh, gracias! ¡Gracias, señor!

G. DUQUE. Da la noticia a todos los deportados.

WASILI. (*Al Duque.*) Gracias en su nombre también. Que Dios os bendiga... ¡que Dios os bendiga! (*Mutis por la derecha, con Veranzoff.*)

VOZ DENTRO. Con vuestra venia, Alteza. A la orden. Alteza... En la antesala espera un ¡correo del Zar!... (*Varias veces dentro, como si se abrieran puertas.*) ¡Correo del Zar! ¡Correo del Zar!...

G. DUQUE. ¿Eh? (*Se levanta, y todos con él.*) ¿Un correo del Zar? (*Entra Veranzoff.*) ¡Noticias! ¡Pronto! (*Mutis Veranzoff. Salida inmediata.*)

VERANZOFF. Alteza. En la antesala espera un correo del Zar.

G. DUQUE. Que entre, que pase en seguida. (Todos se miran unos a otros, sin pronunciar palabra. Un momento de ansiedad y de expectación, y entra Iván Ogareff.)

OGAREFF. A la orden, Alteza.

G. DUQUE. ¿Eres tú el correo del Zar?

OGAREFF. Lo soy, Alteza.

G. DUQUE. ¿De dónde vienes?

OGAREFF. De Moscú.

G. DUQUE. ¿Cuándo saliste?

OGAREFF. El 15 de agosto.

G. DUQUE. ¿Cuál es tu nombre?

OGAREFF. Miguel Strogoff.

G. DUQUE. En efecto, recuerdo ese nombre... como uno de los mejores correos de mi hermano. ¿Cómo has cruzado la frontera?

OGAREFF. Con este *podaroshna*, extendido a nombre de Nicolás Korpanoff, comerciante en Irkustk.

G. DUQUE. ¿Cómo has cruzado la línea de los tártaros?

OGAREFF. Con oprobios y penalidades sin cuento. Alteza. Con heridas, hambre, sed y tormentos de toda especie.

G. DUQUE. ¿Y cómo has llegado a mi palacio?

OGAREFF. Dejándome prender anoche por vuestra guardia como un ladrón vulgar. Desde el calabozo he llamado a vuestro capitán de órdenes, y he descubierto mi personalidad ante él.

G. DUQUE. Bien por ti, Miguel Strogoff. ¿Qué traes de mi hermano?

OGAREFF. Una carta.

G. DUQUE. ¿Sobre los tártaros?

OGAREFF. Sobre ellos.

G. DUQUE. ¿Dónde está esa carta?

OGAREFF. En pedazos la traigo. Con los dientes la recobré de los tártaros, cuando cayeron sobre mí para registrarme, sospechando que fuera un correo del Emperador. En prueba de su infamia y su cobardía, ved esta señal en mi rostro, Alteza; y en prueba de que digo verdad, aquí tenéis la carta en pedazos.

G. DUQUE. (Examinándolos.) Apenas se leen unas palabras... «El antiguo coronel Iván Ogareff..., apoderarse de Irkustk..., cuanto sea preciso... Nos enviamos..., Nos el Zar, Alejandro II.» ¡Maldición! Incompleta la carta, desconocemos su sentido...

OGAREFF. Eso no, Alteza.

G. DUQUE. ¿Por qué no, Miguel Strogoff?

OGAREFF. En previsión de que yo tuviese que destruir la

carta, para que no cayera en poder de los tártaros, me la leyó vuestro hermano el Zar.

G. DUQUE. ¿Y decía...? (*Ogareff no contesta.*) ¿Y decía, Miguel Strogoff?

OGAREFF. Perdonad, Alteza, pero la carta iba dirigida por el Zar solamente a su hermano.

G. DUQUE. Estos señores forman el Consejo permanente de Guerra.

OGAREFF. Permitid que repita... que la carta de nuestro padre el Zar iba dirigida únicamente a su hermano el gobernador de Siberia.

G. DUQUE. Está bien. Tened la bondad de salir del gran salón, y de esperar un instante en vuestra sala de consejos. (*Todos hacen mutis.*) Dime el contenido de esa carta.

OGAREFF. En seguida, Alteza. ¡A la orden!... «*El antiguo coronel Iván Ogareff, después de tomar por asalto algunas ciudades de Siberia, tratará de apoderarse de Irkustk. No quiero más sangre ni más guerra. Deseo que pactes con los jefes tártaros, y capitules entregando cuanto sea preciso. Y si eso fuera contra tu conciencia y contra el espíritu de la guarnición, abandona la ciudad con los tuyos, y déjala a merced de los tártaros. Para eso y para todo Nos enviamos las necesarias licencias. Nos el Zar, Alejandro II.*» (*Pausa.*)

G. DUQUE. (*Pensativo, abrumado.*) ¡Ilumina mi mente, Dios mío! ¿Cómo mi hermano el Zar ordena que capitule?... No comprendo... No comprendo... (*Nueva pausa. El Duque pasea. De pronto.*) Espera, Miguel Strogoff. No hables con nadie. No salgas de este recinto. Quiero ver antes a los hombres de mi consejo.

OGAREFF. A la orden, Alteza. (*Mutis el Duque. Solo ya.*) ¡Ja, ja, ja!... Nunca creí que me dejaras solo. ¡Has caído en mis manos, gobernador de Siberia!... Si vuelves con tus hombres, y entregas la ciudad, los tártaros me nombrarán su caudillo. (*Entra Miguel Strogoff, ciego aun, al parecer.*) ¿Eh?... ¿Miguel Stro...? ¡El ciego!... (*Miguel, sin volverse, cierra la puerta a su espalda.*)

MIGUEL. (*Yendo hacia él, que retrocede, presa de cierto espanto.*) ¡Sé que estas aquí!... ¡Hiere, si te atreves!... ¡Mata, si quieres, Iván Ogareff!...

OGAREFF. ¿Eh?... Sí, mataré... (*Cambia de sitio, como para herirle por otro lado de por donde el ciego ha oído su voz, pero Miguel vuelve siempre a él la cara.*) ¡¡Oh!!... ¡El ciego ve!...

MIGUEL. ¡El ciego ve, cobarde!... El sable enrojecido que pusiste en manos del verdugo, no llegó a mis pupilas. Quemó sólo las lágrimas que por mi madre estaba derramando. Y el vapor

que formaron las lágrimas y el fuego, protegió mis ojos, y escondió en ellos la luz, que ahora vuelve.

OGAREFF. (*Presa de terror un poco supersticioso.*) ¡¡ Oh! !...

MIGUEL. He podido matarte cuando más confiado estuvieses creyendo que no veía. (*Se acometen con saña, acabando la dura lucha con el triunfo de Miguel, que le mata. Al principio de la lucha, Ogareff ha disparado a traición, yendo la bala a romper el cristal del foro.*)

NADIA. (*Durante la lucha.*) ¡ Miguel!... ¡ Miguel!... (*Se abre, por fin, la puerta, y entra Nadia.*)

MIGUEL. ¡ Nadia mía!... (*En seguida entran Wasili, Veranzoff y los otros miembros del Consejo de Guerra.*)

VERANZOFF. ¿ Eh? ¿ Quién es este hombre?

WASILI. Este hombre, general Veranzoff, es el prometido de mi hija, y el verdadero Correo del Zar.

VERANZOFF. El otro, entonces...

WASILI. Voy a ver. (*Mutis.*)

MIGUEL. Ha caído sobre las losas de la plaza. Era Iván Ogareff... Tenía preparada la entrega de Irkustk. Toda la ciudad está llena de tártaros disfrazados de mendigos...

VERANZOFF. ¿ Eh?... ¡ Ordenes a la guarnición! ¿ Dónde está el Gran Duque?

WASILI. General, una mujer acaba de herir gravemente a Su Alteza.

TODOS. ¿ Eh?... (*Suenan unas detonaciones. Hay un revuelo grande. Entran soldados por todas partes, llenando la escena.*)

VERANZOFF. ¿ Qué hacer sin el gobernador? ¿ Quién dirige las tropas?...

MIGUEL. Yo las dirijo, Veranzoff. ¡ A mis órdenes el Consejo de Guerra! ¡ A mis órdenes todo el mundo!... En nombre del Zar, de la patria y de Dios..., yo juro libertar a Irkustk y a la Siberia de los tártaros, y atar a los guerreros y a las mujeres a mi carro triunfal, entrando con ellos en Moscú... ¡ Por Dios, por la patria y por Alejandro II! ¡ Viva el Zar!

TODOS. ¡¡ Viva! !...

LA VUELTA DE SIBERIA

Antecadro del Salón del Zar en Moscú. En escena, ALEJANDRO II, la ZARINA, el GENERAL KISSOFF y el GRAN DUQUE, venido aún por la herida recibida.

EL ZAR. ¡Qué días de amargura, hermano querido!...

G. DUQUE. Pasaron ya, por suerte para todos.

EL ZAR. Y quedó la Siberia limpia de tártaros, y las hordas del Asia Central sujetas a su tributo a Rusia.

G. DUQUE. Gracias a Miguel Strogoff.

ZARINA. ¡Qué valiente es el Correo del Zar!...

KISSOFF. Muy valiente, señora. Yo me envanezco de haberlo escogido para cumplir su misión.

ZARINA. ¿Y está todo preparado para recibirle?

KISSOFF. Todo, majestad.

G. DUQUE. A no ser por él, y herido yo, Siberia se hubiera perdido para siempre.

EL ZAR. ¿Y aquellos periodistas, corresponsales de guerra, que también lograron llegar hasta Irkustk?

G. DUQUE. Llegar y pelear a nuestro lado... No estarán lejos de nosotros. Ellos vieron cómo caía sobre las losas de la plaza el cuerpo de Iván Ogareff.

AICIDES. (*Entra por un lado.*) Lo vimos, majestad. Despanzurrado, hecho papilla... Y perdón por la frase, señora. Alteza, General... Yo no podía faltar a esta fiesta en que llega colmado de laureles mi gran amigo Miguel Strogoff ni dejar de comunicarla a mi periódico, que es el primero del mundo.

HARRY. (*Entrando por el lado opuesto.*) Después del «Daily Telegraph», que tiene ya reseña de la fiesta, antes de celebrarse.

ALCIDES. ¿Eh? ¿Eso como final, míster Harry?

HARRY. (*Inclinándose profundamente.*) Mis respetos...

EL ZAR. Bien por vosotros, corresponsales de guerra. ¿Tú también, querido Harry, viste caer en las losas el cuerpo de Ogareff?

HARRY. Lo vi, señor.

EL ZAR. ¡Qué cosa más justa!

HARRY. Y tan justa, señor..., que si mí no retirarse, el cuerpo de Ogareff caerme encima. Y tan justa... (*Suenan las trompetas de la Guardia del Zar.*)

KISSOFF. El desfile, señor.

ALCIDES. Y nosotros a él, como si con ellos viniéramos de

Asia... Majestad, majestad... Alteza..., General... Corramos, mister Harry... (*Entra Miguel Strogoff.*)

EL ZAR. Gracias, Miguel Strogoff. Gracias, hijo benemérito de la patria, hijo amado... Sé de tu valor y tu heroísmo, y conozco también tus amores con Nadia Fedor. Por eso yo, que te pedí renunciases al corazón y a todo, como enamorado y como hombre, quiero hacer al hombre y al enamorado un regalo de boda, propio del emperador de todas las Rusias... He aquí los grandes joyeros del Zar, que se abren para ti, y que ocultan entre las joyas más resplandecientes la que ha de ser más grata para tu corazón...

EL ZAR. (*Se adelanta y dice.*) ¡Que se habran estas puertas! (*Se abren.*)

CUADRO XIV

EL REGALO DEL EMPERADOR

Aparece la gran corona imperial rusa, de la que salen mujeres y más mujeres, todo sobre música, cerrando el desfile la entrada de Nadia Fedor. Cesa la música.

EL ZAR. Por el Zar, por la patria y por, Dios juraste al marchar... Por Dios y por la patria el Zar ofrece ahora este regalo al hijo más amado de Rusia, al primero de los correos de mi guardia..., ¡a Miguel Strogoff!... (*Avanza éste hacia Nadia, besándole la mano, mientras el manto de la novia se convierte en telón y todas las mujeres cantan esta estrofa triunfal.*)

TODOS Su valor la patria logró libertar,
su valor triunfó del feroz invasor,
celebrad gozosos su gloria, y cantad
aclamando al triunfante Miguel Strogoff.
¡Viva, viva!
¡Viva, viva!

TELÓN

Obras de Augusto Martínez Olmedilla

Este insigne novelista, tan preferido por el gran público como realzado por la crítica profesional, maestro en el género, pluma castiza de insuperable amenidad, ha producido más de veinte volúmenes que honran el tesoro de la novela española actual. Agotadas la mayor parte de sus obras, la **Editorial Siglo XX**, ofrece a sus lectores nuevas ediciones de las siguientes:

TODO POR EL y LAS PERVERSAS

(3,50 pesetas cada volumen)

EL MAL MENOR

TEATRO DE MARIONETAS

PRIMER AMOR, PRIMER DESENGAÑO

LADY HAMILTON

EN COCHE DE PLATA

EL DERECHO A SER FELIZ

y LA RAMA DE MUERDAGO

(4,00 pesetas cada volumen)

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y librerías

LEYENDAS POPULARES

por el notable literato

JUAN LOPEZ NUÑEZ

En este libro, describe su autor las siguientes leyendas españolas:

Don Jaime de Aragón y la calavera.—Un crimen extraño.—La reina sultana.—La calle de las Victorias.—La calavera de Don Pedro el Cruel.—Las novelas de la vida.—Don Juan de Mañara.—La cabeza delatora.—Virgen y viuda.—La leyenda de D. Juan.—La voz del cielo.—La judía Raquel.—La mano del muerto.

El sumario anteriormente expuesto demuestra bien claramente el interés de este curioso libro.

Un tomo de 125 páginas, tamaño 19×12, lujosamente presentado, con una preciosa cubierta a dos tintas, de ADRIAN DE ALMOGUERA, **DOS pesetas.**

EDITORIAL SIGLO XX (S. en C.)

Rodríguez San Pedro, 26 — Apartado 8.036

El Secreto de Miss Clara

primer volumen de **La Novela Novelesca**, es una emocionante narración de WILKYE COLLINS, el famoso novelista inglés. El amor tiene en esta historia de intriga y aventura, un interés misterioso, verdaderamente subyugante. La vida y costumbres de los exploradores árticos aparecen descritas con amenidad imponderable. *El Secreto de Miss Clara* es la más entretenida producción de WILKYE COLLINS.

La desaparición del señor Delora

Novela de los restaurantes nocturnos de París y los grandes hoteles de Londres. Obra de múltiples e interesantes episodios. Su autor, el gran novelador norteamericano Philipps Oppenheim, ha escrito, dentro de una absoluta moralidad, la más inquietante de sus narraciones. *La desaparición del señor Delora*, es el segundo volumen de **La Novela Novelesca**, a la que el público ha dispensado tan entusiasta acogida.

El Diamante Luna

Tercer volumen de la colección. Atrae fuertemente la curiosidad del lector con las sorprendentes escenas a que da lugar el misterioso robo de *El Diamante Luna*, hermosa piedra india valorada en 80.000 libras esterlinas. Junto al interés dramático de esta novela fluye el fino humorismo de algunos de sus personajes, entre ellos un famoso *detective* inglés.

El muchacho errante que encontró el amor,

novela del prestigioso literato Charles Reade; parece una película por el movimiento de su acción y la intensidad de sus situaciones dramáticas. La vida y aventuras de un noble irlandés despojado de sus títulos y bienes, constituye el fondo, altamente subyugador, de esta admirable novela, cuarto volumen de la colección.



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID